

La edad  
de la presbicia  
Elizabeth Jorge



COLECCIÓN CONTINENTES

# La edad de la presbicia

«La escritura llega como el viento, es la tinta, es lo escrito,  
y pasa como nada en la vida, nada, excepto eso, la vida».

MARGUERITE DURAS

Elizabeth Jorge

La edad de la presbicia



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición, Ediciones del Dock, Buenos Aires, 2014.

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2019.

*La edad de la presbicia*

© Elizabet Jorge, 2014.

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO:

Armando Rodríguez

IMAGEN DE PORTADA

*Muchacha vistiéndose* (boceto, ca. 1889)

Cristóbal Rojas

Óleo sobre cartón, 21,5 x 16 cm.

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2019.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2019001451

ISBN: 978-980-012094-1

## Prólogo

Presbicia viene del griego y significa «anciano». En estos días se le da ese nombre a un fastidio óptico que se manifiesta a partir de los cuarenta años e impide distinguir claramente los objetos cercanos. Elizabet Jorge eligió nominar *La edad de la presbicia* a un libro propuesto mediante la forma más antigua y a la vez más moderna que conoce la literatura: el cuento. Mucho se dijo y mucho se dirá en torno a un género que pudo haber comenzado cuando los seres humanos aún ignoraban el arte de escribir, carencia que, como bien se sabe, no les impidió relatar historias verdaderas o fantásticas en torno a un fuego recién descubierto. En la antigua Grecia encontraremos a los juglares que mantendrían la buena costumbre de continuar contando. Hay quienes señalan que durante la expansión romana existieron dos importantes escuelas de contadores de cuentos, una en Irlanda —la de los *ollams*— y otra en el país de Gales: la de los bardos. En tanto, en Medio Oriente, la princesa Sherezade contaba cuentos con el solo propósito de salvar su vida y la de las

otras doncellas condenadas a caer bajo el cuchillo del rencoroso rey Sahriyar. En el primer milenio de nuestra era, en la península escandinava los escaldos del norte repetían sus historias de mares y conquistas y tres siglos más tarde el Infante Juan Manuel daba a conocer los cuentos de *El conde Lucanor*, Giovanni Boccaccio su *Decamerón* y Geoffrey Chaucer *Los cuentos de Canterbury*. En China, durante el paso de la dinastía Ming a la Qing se destacaría un célebre narrador llamado Liu Jingtong a quien se conocería como el rey de los cuentistas. A pesar de tanta vehemencia, ese modo de la ficción iba a caer en un enigmático silencio. Brander Matthews en *La filosofía del cuento* lo señalará resignado:

Desde Chaucer y Boccaccio, debemos atravesar siglos hasta llegar a Hawthorne y Poe, casi sin encontrar el nombre de otro candidato igualmente digno. En esos cinco siglos no hubo pocos grandes novelistas, pero ningún cuentista de primer orden.

Precisamente serán esos dos escritores —Hawthorne y Poe— quienes, acaso sin proponérselo, reacomodarán el tablero. En mayo de 1842 Edgar Allan Poe publicó en el *Graham's Magazine* un comentario crítico sobre *Cuentos contados otra vez*, de Nathaniel Hawthorne. Aquel estudio se llamó: «Hawthorne y la teoría del efecto en el cuento» y estableció las pautas por las que iba a regirse el cuento moderno. Elizabet Jorge respeta esas pautas, aunque no desoye a Cortázar, cuando señaló en una conferencia ofrecida en Casa de las Américas, en La Habana:

Nadie puede pretender que los cuentos solo deban escribirse luego de conocer sus leyes. En primer lugar, no hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable (...)



*La Edad de la Presbicia* reúne doce cuentos, once de ellos propuestos desde el punto de vista femenino y solo uno desde el masculino. Ello, claro está, no es fruto del azar sino de un propósito claramente deliberado: a la hora de plantear la narración, interesa esencialmente la mirada femenina. Una mirada que, me apresuro a advertir, lejos está de ser feminista. La escritura de Elizabet Jorge trasciende la vana bipolaridad, exige y se exige un modo, el que ciertamente conviene, para cada historia: tres cuentos están propuestos en tercera persona, los otros nueve, en primera. En todos priva la incomunicación y el desencanto, la soledad y la traición. Exceptuando una pieza ejemplar, «Ignaciosiempre», no encontraremos ni héroes ni heroínas, solo criaturas al borde de la desesperación, aunque no desesperadas. Incluso en situaciones límites, con la muerte apareciendo bajo la forma de una pala o en las vías del tren o desde lo alto de un hospital, no pierden la calma, tampoco el control: los hechos se narran, no importa si en primera o tercera persona, con la misma precisión y la misma frialdad que encontraremos en cuentos como «Palabras cruzadas», «Ajedrez» y «Fuera de cálculo». Antes hablé de «Ignaciosiempre», esta pieza escapa al común denominador y se proyecta como un formidable texto político, de homenaje y denuncia, que conmueve por su calidez y grandeza.

Por último, es preciso hablar del cuento que cierra el libro y le da título. En este caso, Elizabet Jorge pone todas las cartas sobre la mesa o, si se prefiere, toda la magia de su escritura sobre el papel. El cuento es marcadamente más extenso que los del resto del volumen y está narrado en primera persona por una escritora que dice llamarse Adriana Agüero. En un momento del relato, Adriana Agüero habla de un cuento que ha escrito «en menos de tres horas», ese cuento, de pronto advertimos, lo hemos leído hace apenas

un rato, se llama «El ausente» y es el penúltimo del libro. A partir de ese descubrimiento las historias comienzan a tener otra dimensión: ¿Adriana Agüero es Elizabet Jorge? Verdad y mentira se entrecruzan sin remedio y tornan cierta aquella frase que Carlos Daniel Aletto hizo creer que era de Borges y que aunque no lo sea, merece serlo: «La literatura no es otra cosa que una mentira que dice la verdad».

*La edad de la presbicia* no es un libro amable, menos aún complaciente. Las criaturas que pone en escena Elizabet Jorge se pueden encontrar cómodamente a la vuelta de cualquier esquina, pueden ser nuestros vecinos, acaso nuestros amigos; los sucesos que ellos viven son historias de por aquí nomás, se confunden con nuestras propias historias. Dicho así, podría suponerse que son textos regidos por el costumbrismo. Nada más lejos de la verdad: precisamente, una de las notables virtudes de Elizabet Jorge es poner del revés ciertas historias sospechadas de costumbristas, dar una vuelta de tuerca con esos textos y lograr que se inscriban en la alta literatura. Pienso en Chejov, en la arquitectura de sus relatos: «Cuando escribo —supo decir— confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan al cuento».

Al comienzo señalé que mucho se dijo y mucho se dirá en torno al cuento y sus circunstancias. Entre las infinitas definiciones y opiniones me atrae esta que formulara el narrador y crítico colombiano, Marco Tulio Aguilera Garramuño:

Un cuento, como un insecto, no es solamente la definición del insecto, con el número de patas, la alimentación, el tamaño y las costumbres, sino que es la síntesis de todo un universo que gira en torno a él, que le precede en el tiempo y le sucederá sin ninguna duda. Así, el cuento no se define por su extensión (que puede ser leído de una sentada, dicen), por su anécdota (que

puede ser cualquiera, desde la caída de la hoja de un árbol hasta una lucha a muerte), por su intención (que persiga un solo efecto, sin irse por las ramas y sin posarse demasiado en las indispensables) sino que se define por su propia existencia. La definición del cuento es el cuento mismo y ninguna teoría nos va a enseñar cómo escribirlo.

Los cuentos de *La edad de la presbicia* responden naturalmente a esa definición, valen por su propia existencia y por el modo incomparable con que Elizabet Jorge los construyó, los hizo únicos, ciertos e insoslayables.

Vicente Battista



*A Amira, mi hija y a la memoria de mi madre, Ana.*



## Palabras cruzadas

Hace más de un año que no se hablan. Se comunican con notas: hay que pagar la luz, o el perro ya comió, o te llamó tal. Por lo general evitan permanecer en la casa al mismo tiempo y, aunque ya no comparten la cama, ni la habitación, jamás se atrevieron a pasar una noche afuera. Tampoco a plantearse el divorcio.

Cortez ha sacado el escritorio para trabajar en la galería (desde hace más de veinte años, compone crucigramas para una revista de entretenimientos) Transpira, el calor es insoportable. De vez en cuando se seca la frente con un pañuelo, pero no levanta la cabeza de entre la pila de diccionarios, hasta que un viento de tormenta lo obliga a entrar.

La mujer de Cortez cierra las ventanas y vuelve a recostarse en su sillón. Estuvo allí toda la tarde, inmóvil, como si estuviera en trance, viendo girar el ventilador de techo. Tiene los auriculares puestos y, de vez en cuando, se la escucha desafinar algún *blues*.

La tormenta adelanta la noche, se lleva el calor y, a la mujer de Cortez, al cuarto de arriba; antes de las nueve ella está sumergida en su sueño de pastillas. En el *living* a oscuras, bajo un haz de luz sobre el papel, Cortez sale de las definiciones y de las cuadrículas y comienza a escribir en los márgenes:

Llueve parejo. Oigo el tic tac del odioso reloj de pie, también el murmullo de los auriculares. Ella los usa toda la noche. Desde aquí se oyen como el siseo de una víbora.

Imagino que ella duerme entre víboras. Oigo la respiración del perro que está bajo mi silla. Respira profundo. Los perros le temen a la tormenta, este no. Solo sacude las orejas en el lapso que hay entre el relámpago y el trueno. Oigo sonar la campanada que el odioso reloj de pie marca cada media hora. La media de no sé qué hora. Esta noche es eterna.

Ciertamente, la noche es eterna y los márgenes de las cuadrículas estrechos. Cortez, los agota mucho antes de que amanezca. Se pone de pie y se despereza. El perro lo sigue hasta la cocina. Cortez come un pedazo de pan con queso y echa hielo en un vaso de vino blanco, le da agua al perro. En el bloc de notas que está en la mesada, lee: «hay que sacar la basura». Vuelve la hoja y escribe: «mañana será el último día del reloj de pie en esta casa», la pega en la heladera, después sale a la galería y se sienta. Las luces de las casas vecinas flotan en un halo de humedad como lunas pequeñas. Cortez apoya el bloc de notas en una rodilla y vuelve escribir.

Ya no llueve. Oigo croar las ranas. Oigo el viento silbar entre las hojas del olmo. En el olmo hay una pareja de lechuzas. El macho mueve la cabeza en círculos, pero esta noche no hay insectos, ni ratas. La hembra parece saberlo, está inmóvil. Los observo por un rato largo. El macho despliega las alas y hace un vuelo circular.



Después vuelve a la rama. La hembra sigue inmóvil. El macho, al cabo de un rato, da una vuelta en torno al olmo y se va. La hembra sigue inmóvil. Desde el *living* llega otra campanada de no sé qué media hora. El macho no regresa. La hembra se larga en picada, la pierdo de vista y en un momento la veo regresar con una pequeña culebra en el pico. La devora lentamente. El macho regresa sin alimento. La hembra, inmóvil. Él parece enloquecido de hambre, vuela sin fin alrededor del olmo. El viento se llevó las nubes y hay una línea rojiza en el horizonte. La hembra se duerme, el macho sigue dando vueltas.

Cortez rompe el bloc minuciosamente. Se levanta y tira los papeles en el desagüe de la galería. De regreso en la cocina despega la nota que había dejado, escribe una línea más, y la vuelve a colocar en la puerta de la heladera. Toma el resto de vino blanco que ha quedado en el vaso y se va a dormir.

La mujer de Cortez se despierta puntualmente a las siete —la hora exacta en que Cortez se acuesta. Ella camina como un zombi hasta el baño. Sus ojos enrojecidos no toleran la luz, tampoco su imagen en el espejo. En la penumbra se enjuaga la boca y después se sienta sobre los bordes del inodoro helado, (tiene la tabla sin bajar a pesar del cartel que ella ha pegado: «bajar la tabla»). Lo odio, murmura. Luego oprime el botón, mira sin parpadear el remolino de agua, después ajusta los auriculares en sus orejas, sale del baño y con un portazo interrumpe, sin saberlo, el ronquido de Cortez que se oía en el pasillo.

Antes de preparar el café, ve el mensaje que él dejó en la puerta de la heladera: «A partir de hoy, no escribiré más notas», lee.

Lo arranca y lo tira a la basura.

Después enciende la cafetera, y se sienta a resolver crucigramas.



# Ernestina

Ernestina siempre me obedeció. Desde chicas, yo era la que llevaba la voz cantante; pero ahora se ha vuelto rebelde y está perdiéndome el respeto. Haberla alentado a que se casara con Abel fue un error. Ernestina sostiene que Abel es tan despreciable, que en realidad debería haberse llamado Caín. En esto tiene razón, aunque tal nombre no ha sido nunca posible ni lo será, como el de Judas. Nadie se atreve a llamar así ni siquiera a un perro. A Ernestina no le bastan las maldiciones bíblicas para insultar a Abel. Ella necesita vengarse. Afirma que la venganza es un placer no apto para pusilánimes, ni para cobardes, y menos para quienes ante una ofensa solo atinan a ofrecer la otra mejilla, o cuanto más, a huir.

Ernestina ha leído la Biblia y ha pasado la noche considerando su propio desquite: ojo por ojo, diente por diente. Ella necesita vengarse, aunque aún no sabe cómo.

Esta tarde daba vueltas por la casa, como si buscara un objeto perdido mientras discutía conmigo, sin tregua. Por fin entró en la cocina, que es el lugar donde encuentra algo de paz

cuando ha perdido la calma, lugar que yo detesto tanto como sus arrebatos. Se hizo un té, lo bebió en absoluto silencio y después arremetió con una sarta de elucubraciones, para concluir diciendo que la mejor venganza sería ponerle los cuernos a Abel. Ay, Ernestina, ya deberías saber que si se busca un amante solo como arma de vindicación, la infidelidad no es placentera y redundante en perjuicio propio. Y no te creo capaz. No de ser infiel, sino de llevar a cabo una venganza.

Ella se ríe, eso me hace pensar que la incapaz soy yo.

El odio por Abel la fortalece. Tanto, que ahora ya no me confía sus secretos y yo creo cada vez menos en poder controlarla. Tiene razón cuando dice que Abel es un hipócrita, militante de esa miserable costumbre de querer agradar a los demás a cualquier precio. Y dice que a mí, que huelo la hipocresía a la distancia, también Abel me ha engañado. Lo dice mientras pica cebollas y es tan vehemente en su reproche, que además de vengarse de Abel, creo que va apuñalarme.

Tira a la basura las cebollas picadas y apaga el fuego. Estoy harta de tus razonamientos tibios y de tus peroratas almidonadas, me dice, y va al baño a encerrarse, como siempre que da por terminada una discusión. Esta vez no tarda en abrir la puerta. Comienza a maquillarse exageradamente. Sabe que eso me molesta. Se pinta las cejas y dice, no sé si a mí o al espejo: la venganza es un placer de las diosas.

De nada sirve tratar de razonar. No me escuchará, la conozco, ahora pondrá música hasta aturdirse y no volverá a hablarme hasta después de la cena.

No lo oímos entrar, pero Abel llegó. Ha bajado la música y caminado hasta la cocina. Saca una cerveza y cierra con fuerza la puerta de la heladera. Después sube al dormitorio. Ernestina por ahora permanece callada, observándome. Debes actuar como de costumbre, le digo en voz muy baja, la venganza debe ser sorpresiva y letal.

Abel tiene la costumbre de orinar con la puerta abierta. ¿Qué comemos hoy?, le pregunta a Ernestina. Mierda, piensa y responde: comamos afuera, no hubo tiempo de cocinar: En voz baja me dice que la venganza se cuece a fuego lento.

En el restorán, decido no hablar. Ernestina todavía no sabe qué decir, y Abel, como de costumbre, solo habla de sí. Pero lo que realmente me preocupa es que ella me obedezca. Escondida detrás de la carta del menú dice en voz muy baja, la venganza es un plato que se come frío. Pero aún está cruda, agregó yo. Abel pregunta si ya eligió qué comer. Ernestina le responde: sí, cerdo. *Carré* de cerdo, la corrijo, y una entrada fría, o alguna ensalada. Ernestina come pan con manteca y le pone hielo al vino. Por favor, no hagas eso. Desde ahora, hago lo que quiero, me dice mientras se pone de pie y, lógicamente, se va al baño. Abel mira por la ventana. Yo me levanto y la sigo.

La sigo y me desoriento; es ella la que debiera seguirme. Está con los ojos en el espejo y en mí, mirándome como si no me conociera o como si me interrogara. Suele tener miradas desconcertantes, de amor y de odio simultáneo. No sé si va a llorar, a insultarme, o a pedirme consejo como antes hacía.

Me ignora, se pinta los labios, bien rojos. Sabe que eso me molesta. Después se revisa los dientes, me mira y sale. Qué alivio. Cuando logro que no hable, me siento segura, aunque confieso que aún no sé si es un logro mío o una decisión de ella.

Volvemos y nos sentamos a la mesa. Abel, siempre tan original, dijo algo referido a lo que tardan las mujeres en el baño. Ninguna de las dos le respondimos. Abel continúa monologando, sin dejar de mirar por la ventana, y yo le digo a Ernestina que asienta con la cabeza a no sé qué cosa de las tantas que dice Abel, y le digo que le sonría de vez en vez.

En el viaje de regreso pesa el silencio. Ernestina busca música clásica en la radio. Abel le acaricia una pierna. Ella la aparta y arquea la espalda cómo si la hubiera rozado un reptil. Abel no responde al rechazo, ni a ningún otro tipo de sentimiento o resentimiento humano. Pero es dogmático y respetuoso de ciertas leyes. Por eso yo le aconsejo que para evitar el sexo con Abel, lea la Biblia en la cama. Eso Abel lo respeta, como a la rutina y como al ejercicio de salir con putas los viernes, e ir a misa los domingos.

Pero el caso no es Abel. Es Ernestina. Entra a la casa y va directo al baño, a vomitar, y también para hablar a solas conmigo. Ha comenzado a odiarme, lo sé por su mirada en el espejo. Me odia tanto como a Abel, que grita gol, gol, goooool a coro con el televisor, allá en el cuarto. Hablemos mejor mañana, cuando estemos solas, así, no podemos. Parece obedecerme. Baja la vista, y se cepilla los dientes sin volver a mirarse en el espejo ni en mí. Se saca el maquillaje, se pone el camisón rosa, sabe que lo detesto. Lentamente abre la puerta del baño y camina descalza y en puntas de pie hasta la cama porque yo se lo aconsejé: despacio, sin hacer ruido, Abel ya sé durmió. No será necesario que leas la Biblia esta noche.

Ernestina odia levantarse temprano, ya no quiere madrugar conmigo. Todas las mañanas le repito tendrías que levantarte a hacer el desayuno, pero ella, se hace la dormida, dice hipócrita, hipócrita no sé si a mí, o a Abel y se queda inmóvil hasta que Abel sale de la casa.

Sé que hoy no tendremos un desayuno en paz. No ha querido abrir las ventanas y ni bien salió Abel, arremetió contra mí diciéndome que me vaya. Imposible. Y me acusa de haber sido yo la que metió en su cabeza la idea de la venganza, para demorarla, porque lo que ella quiere es irse. No corras otra vez a encerrarte en el baño, déjame pasar. En el espejo brilla

una mirada que no le conozco, y me pregunta: ¿cuál es el equivalente femenino del nombre de Caín?

—No tiene, le respondo.

—Se me ocurre que es tu nombre.

Pero ese nombre es imposible. Ernestina ya no me obedece. Desde chicas yo era la que llevaba la voz cantante, pero ahora se ha vuelto rebelde y está perdiéndome el respeto. Haberla alentado a que se casara con Abel ha sido un error, lo reconozco. Tendría que matarlo.





# Ajedrez

## Apertura:

Pone en marcha el reloj y comienza a rascarse el bigote. Gesto odioso que yo tendré que soportar, seguramente, hasta el fin de la partida. Además, tiene cara de estúpido. Abre con peón 4 rey (P4R) y detiene el reloj. Le respondo con una jugada en espejo (P4R) y espero. Él levanta la vista, deja por un momento su bigote en paz y señala el reloj. Odio jugar con reloj, no volveré a repetir esa palabra, tampoco las notaciones algebraicas, que me resultan tan tediosas como la medición del tiempo. Pero no puedo asegurar que no repetiré la palabra estúpido. Carlos Arredondo, así dijo llamarse cuando se anotó, juega con blancas por haber ganado un certamen; no dijo cuál ni cuándo; lo que demuestra que es poco caballero. Saca el alfil de la reina y lo planta amenazando a la mía. Este movimiento llama la atención del público (estamos jugando en el patio del colegio el torneo anual de profesores versus ajedrecistas del barrio, a beneficio de la cooperadora. Otra estupidez: hubieran recaudado más vendiendo tortas). Ahora

al calor sofocante del patio se le suma el calor humano. Mi malestar no se suma, es constante. Practico ajedrez para distraerme y, aunque parezca una paradoja, lo practico para no pensar. Yo juego.

Saco el caballo del rey, mi táctica es sencilla, utilizo maniobras simples para obtener alguna ventaja transitoria. La estrategia es más complicada, por eso le devuelvo el tiempo a Arredondo. Él parece ser una de esas personas que pueden dedicar toda la vida a ensayar las posibilidades infinitas que pueden darse entre treinta y dos piezas, y sesenta y cuatro casillas. Tiene, lo leo en su cara, la estúpida convicción de confundir inteligencia con pericia en el ajedrez.

Medio juego:

El patio, el calor y los murmullos parecen suceder en otra dimensión. El minuterero corre. Arredondo está concentrado, lo que acentúa notablemente su cara de estúpido. En la próxima jugada sacaré el alfil para preparar un enroque. O mejor, el caballo de la dama. El caballo, porque es la pieza más libre de este juego. Las demás piezas se mueven en línea recta, o en diagonal; el caballo, puede combinar ambos sentidos. Por supuesto que la dama también puede, pero siempre dentro de una línea. El caballo quiebra la línea: salta. Si yo fuera ese caballo y la manzana en la que está el colegio mi base, podría saltar a la manzana de enfrente y después a una en diagonal, ¿a la derecha o a la izquierda? A la derecha está la estación Belgrano R, a la izquierda mi casa y frente a mí, Arredondo, que después de pensar seis minutos, retrocede su alfil. Yo puedo dudar seis minutos, seis horas o seis años, pero no puedo retroceder.

El tiempo corre. Mi rival se impacienta mientras miro fijamente el caballo que pondré en juego para defenderme. Debí hacerlo hace dos jugadas, tal vez ya sea tarde. Muevo

el caballo y le devuelvo el tiempo a Arredondo, para que lo apremie a él. El aire del patio va impregnándose de olor a torta recién horneada y a café, lo que logra que el público se disperse y yo pueda respirar. Arredondo resopla por la nariz, me mira, arquea las cejas. Creo que aprovechará la distracción del público y del árbitro, que camina por entre las mesas, para decirme algo.

Yo tendría que decirle que quiero abandonar, pero eso no se avisa. Si abandonara tendría que ver la satisfacción en su cara de estúpido, y eso no se soporta. El calor de este patio tampoco. Suelto un suspiro desde lo más profundo de mi paciencia. Arredondo llama al árbitro para solicitarle un breve permiso —así dice— para ir al baño.

Por fin sola, pienso, un segundo antes de que mi celular comience a sonar dentro de la cartera. Cuando intento leer el mensaje, el árbitro me dice:

—Señora, el celular tiene que estar apagado.

—No importa, no voy a contestar.

—Igualmente es un elemento de distracción, apáguelo, por favor.

Iba a responderle que elementos de distracción me sobran, pero no dije nada y lo apagué. Yo sabía que la llamada era de Pablo para preguntarme a qué hora volveré a casa. Creo que a ninguna, creo que no volveré, quiero abandonar, y eso no se avisa. En la estación Belgrano R habrá algún tren para comenzar a alejarme.

Arredondo está de regreso. Se sienta, carraspea y pone en marcha el cronómetro (algún ajedrecista me corregiría diciendo que no es un cronómetro: es un reloj doble, cuya finalidad es medir el tiempo individual de cada jugador, mientras el jugador piensa). Es absurdo pensar contra reloj. Arredondo debe tener la idea de que es una ciencia. Qué estúpido. Moveré el caballo en la próxima jugada, aunque

me cueste una torre. La torre es una pared circular, en el círculo hay un rey y una dama. Si la dama, que ya no soporta el encierro, se atreve a montar a caballo, podrá salir del círculo y de sus celdas, del tablero y de este patio caluroso.

Final:

En las otras mesas los jugadores han terminado sus partidas. Arredondo, seguramente, prepara otra de sus jugadas aprendidas de la wikipedia. Yo solo pienso en abandonar. Ya no juego, solo espero que concluya el tiempo.

## Nunca lo dijo

Estaba por finalizar la guardia cuando sonó mi *beeper*, y esa vez no fue por la llegada de una ambulancia, el accidente había ocurrido dentro del hospital. Salí al pasillo. Una mucama gritaba que primero fue un gran pedazo de vidrio, y luego él, que por milagro, decía, no cayó sobre ella y gracias a la virgen, lloraba, no la mató. Él había caído por una ventana, desde el cuarto piso al patio interior del lavadero. Cuando llegué para atenderlo, un residente ya estaba inclinado sobre el cuerpo tomándole la mano, la izquierda. Una gruesa cicatriz le atravesaba el dorso desde el pulgar hasta el meñique: en ese segundo, lo reconocí.

—No lo des vuelta, no lo toques, dije y apoyé una rodilla en el piso, dejame a mí.

Tomé la muñeca. No había pulso, la solté y por un instante deslicé la yema de mis dedos sobre la cicatriz, volví a presionar la muñeca. Estaba muerto. Con mi otra mano busqué el latido en la carótida. Estaba muerto. Después metí el estetoscopio por entre su pecho y el piso. Estaba muerto.

Luego en la espalda. Estaba muerto. Me levanté y di unos pasos hacia atrás, para ver el perfil de su cara contra el suelo. Estaba muerto sobre vidrios rotos y una mancha de sangre que crecía hasta llegar justo al borde mis pies. Me alejé un poco más y dije: hijo de puta. El residente también dijo algo, lo repitió y luego comenzó la rutina para examinar el cuerpo. Esperé a que por sí mismo descartara uno a uno, todos los signos vitales. Finalmente dijo: está muerto. Hay que trasladarlo urgente a la guardia, le respondí.

Llegaron los camilleros. Ordené que lo llevaran con cuidado como si estuviera vivo, con urgencia, a la sala de guardia. Yo caminaba detrás, muy lentamente como único cortejo.

El residente se detuvo a esperarme en mitad del pasillo.

—¿Por qué, doctora?

—Porque si lo damos por muerto en el lugar donde cayó tendremos que esperar a que venga un juez. Lo dije en voz muy baja como si estuviera encubriendo un crimen.

¿Para qué un juez? Pensé. Si alguien lo hubiera arrojado por la ventana, ese alguien estaría absuelto.

En la guardia, seguí la rutina propia del caso: hice la denuncia del accidente y su fallecimiento en el traslado. Fueron llegando otros médicos, también los directivos del hospital y hasta un delegado del sindicato, todos consernados ante la increíble muerte del doctor Andrés Lombardo. Alguien me acercaba un café, a modo de pésame y lo acepté. Me lo ofrecía Alicia Sánchez, la única persona que supo y nunca dijo, lo de Andrés Lombardo y yo. Hijo de puta.

El residente se ofreció a terminar la tarea, le respondí que no, que se fuera, que yo sola lo haría más rápido. Al despedirse hizo un gesto indefinible y dijo algo a lo que no presté atención.

Cerré la puerta, fui hasta la camilla y observé de pies a cabeza el cuerpo tendido y desnudo. Lo tapé hasta los hom-

bros, aún necesitaba estar a solas, cara a cara y, lentamente acerqué la mía hasta sus ojos: la misma frialdad vivos que muertos. Tomé su mano, recorrí con el índice la cicatriz en el dorso, desde el pulgar hasta el meñique y su nueva alianza en el anular izquierdo. Se la quité, leí el nombre de su mujer y una fecha grabada dentro, la envolví en una gasa y la arrojé al *container* del material descartable. Me calcé los guantes para tomar su cara, tenía una astilla de vidrio clavada en la mejilla derecha, la presioné con mi pulgar hasta hundirla totalmente. Hijo de puta. Giré su cabeza a un lado y al otro; a un lado y al otro la sangre que brotó de la fractura de su nariz, se enroscaba como una serpiente en su garganta.

En la antesala, una mujer hacía preguntas, sollozaba, un enfermero respondió lo que pudo y después dijo: espere un momento, ya viene la doctora. Sin abrir la puerta, lo llamé en voz alta. El enfermero respondió, voy doctora y, cuando entró le dije:

—Te necesitan en la enfermería, acá no hay nada que hacer. Yo me encargo.

—Bueno, doc. Y salió.

Cerré los ojos para imaginar los de la mujer, fijos sobre la pared: Silencio.

Sobre la puerta: Prohibido pasar.

El enfermero volvió.

—La mujer quiere verlo, pregunta si puede entrar, quiere hablar con usted.

Respondo que no con la cabeza y reafirmo la negación bajando los parpados.

—Andate ya —digo.

Se fue. Antes había dicho algo más y después cerró la puerta sin hacer el menor ruido. Me acerqué a mirar la cara de Andrés Lombardo por última vez y por última vez sus ojos. No voy a cerrártelos, y la boca, tampoco. Ahora para

qué, qué podrías decirme. Imposible de cerrar, *rigor mortis*, tendría que luxarte la mandíbula.

Me saqué los guantes, los tiré sobre su pecho, y sobre su pecho sellé y firmé el certificado de defunción.



## El heredero

Llegó al pueblo a las siete de la mañana decidido a terminar el trámite. Seguro de que conseguiría rápidamente el certificado de defunción que le había pedido el escribano, quiso primero conocer la casa: cómo era, qué muebles tenía, o tal vez ver algún retrato, o algo más para saber sobre su padre, del que solo conocía una firma imprecisa estampada al pie de un giro bancario, que cobraba mensualmente en el Banco Provincia.

Creyendo que la casa quedaría por el centro, comenzó el recorrido por la calle principal, ancha y vacía. Pero no era por allí, ni por las calles laterales. El heredero se demoraba pensando que tenía tiempo de sobra, hasta que un rayo partió en seco el cielo y empezó a diluviar. Tuvo que refugiarse en la entrada de la iglesia, no había ni un bar por ahí. A poco el chaparrón pasó y comenzó a atacarlo la impaciencia. Le preguntó la dirección a una mujer que salía de la iglesia, pero en vez de contestarle, la mujer se santiguó. El heredero cruzó hasta la comisaría y allí entre risas disimuladas, le dijeron

que esa casa no atendía por la mañana y que quedaba por «las afueras». Supo entonces que su propiedad no estaba desocupada. Y diez cuadras más allá supo que lo que su padre le había dejado por herencia, era un prostíbulo: un caserón ruinoso, con un farol rojo sobre la puerta angosta que parecía haber estado pintada de dorado en otro tiempo, paredes pintadas de negro y ventanas con cortinas rojas, por entre las cuales presintió ser espiado.

Tembló y pensando que era de frío se abrochó la campera. El heredero caminó las diez cuadras de vuelta hasta el asfalto con el viento en contra y un rosario de insultos en sus labios apretados. Un nuevo chaparrón se iniciaba con grandes gotas.

Llegó al registro civil y pidió el certificado de defunción. La empleada demoró más de una hora en no encontrarlo. Y después tranquilamente, sin perder el ritmo con que mascaba su chicle, le dijo que debería buscarlo en la administración del hospital.

—¡La puta madre! ¿Cómo me hacés perder el tiempo así, nena?

La empleada se encogió de hombros.

La administración del hospital estaría cerrada hasta las tres. Lo supo por un cartel colgado en la puerta, miro el reloj: la una y diez. No había nadie. Con la esperanza de que alguien apareciera el heredero esperó hasta las tres menos cuarto. Pueblo de mala muerte. No quiso perder el tren de regreso a Buenos Aires. Mandaría a un comisionista a hacer el trámite. Y después, él mismo se encargaría de vender ese rancho, con putas adentro y todo.

No pensó que ellas fuesen a resistir.

Volvió por la calle principal, continuaba vacía. Al fondo, se asomaba el edificio de la estación. El heredero caminó rápidamente esas cuadras, llegó empapado.

Llovía con fuerza sobre el techo de zinc de la sala de espera. El agua desbordaba las canaletas, bajaba por las paredes y siguiendo por un declive defectuoso inundaba el piso y se filtraba por sus zapatos. Con los pies encharcados en barro, el heredero sentía el frío subiéndole hasta la espalda. Se frotaba las piernas, pero no entraba en calor. Escupía en los charcos y se quedaba mirando como flotaba la saliva hasta verla escurrirse en una rejilla. Cuando se cansó del juego respiró profundo. El olor que llegaba desde los baños, lo obligó a salir.

Aspiró el aire helado y miró hacia el campo que se desdibujaba detrás de la lluvia. Levantó el cuello de la campera y guardó en los bolsillos las manos apretadas en puño. A pesar del frío, esperaría afuera, bajo el alero.

Eran las tres de la tarde y el tren se demoraba.

El heredero caminó por el andén, lo recorrió de punta a punta, durante el tiempo que dura un cigarrillo. Iba y venía con pasos monótonos como el ritmo de la lluvia y como el silencio que acechaba detrás.

El reloj del andén seguía marcando las tres.

Quiso corroborar la hora en el suyo, pero no lo tenía puesto. Revisó los bolsillos de la campera y los del pantalón, y lo buscó en el maletín, sin encontrarlo. Había mirado la hora dos cuerdas antes de llegar a la estación. Recordaba que a las tres menos cinco lo tenía en su muñeca, mientras cruzaba las vías para evitar subir a un puente destartado. Volvió a buscarlo a la sala de espera, recorrió con la vista el piso y el banco en el que estuvo sentado, pero no lo encontró. Al baño no se había atrevido a entrar antes, así que no lo haría ahora. Salió de nuevo al andén y corrió hasta la puerta de la oficina de pasajes: golpeó dos o tres veces. No hubo respuesta y tampoco la esperaba. Corrió por el andén hasta la ventanilla: la encontró con un cartel que decía: Cerrado. Y,

más abajo: Horario: de seis a quince horas. Definitivamente, no había nadie. Forcejeó con el picaporte y sus insultos se estrellaron en el vacío.

La lluvia era torrencial, ahora no se alcanzaba a ver la calle por la ventana de la sala de espera, tampoco las vías o el campo por el lado del andén. El heredero no acertaba a calcular la hora; serían las tres y cuarto, o las tres y veinte.

El tren se demoraba.

Se miró la muñeca desnuda y levantó la vista: el reloj de la estación marcaba las tres. El tiempo estaba quieto en el reloj sin tic tac.

—¡La puta madre!

Su insulto rebotó en la soledad del andén. El frío perforándole la ropa, le hizo pensar que había pasado un siglo esperando allí.

Por la intensidad de la lluvia, no pudo oír los pasos cuando llegaron; pero sí las risas agudas de las dos mujeres, que se habían sentado en un banco detrás de él y conversaban ignorándolo.

¿Cuándo habían llegado? La rubia, parecía una máscara. Tenía las arrugas surcadas por el rímel y las tetas a medio salirse por el vestido ajustado y roto. La otra era pelirroja de mirada impertinente. Esa le dirigió una especie de saludo y sonriéndole con desprecio dijo: parece que el tren viene con retraso. Detrás de su voz, se oyó el silbato de la locomotora.

El heredero hizo el gesto de mirar la hora en su muñeca, sacudió la cabeza, y enseguida levantó la vista hacia el reloj del andén. Le pareció que el segundero empezaba a moverse. Jodido reloj.

El tren se oía cercano. Avanzaba a velocidad pitando como si no fuera a detenerse. El heredero se acercó hasta el borde de la plataforma. Y aunque lo sentía retemblar cerca, la lluvia espesa no lo dejaba verlo.

Un viento frío, como la incertidumbre, arremetió por la punta del andén.

Sintió el empujón. Y no alcanzó a girar la cabeza, no pudo ver que quienes lo empujaban eran las dos prostitutas. Perdió el equilibrio cuando un taco agudísimo se le hundió justo en el hueco detrás de su rodilla.

Cayó de panza sobre las vías.

El tren se abría paso con ferocidad sobre los rieles, el herebero por un instante creyó ver su reloj perdido entre los durmientes y enterró la cara en el barro un segundo antes de que la locomotora lo devorara.

En los pueblos de mala muerte, el tren no se detiene cuando viene con retraso.



## Muerte inminente

—Muerte inminente, dijo el tarotista. Marina dejó de sonreír y se puso tan pálida, que pensé que iba morir en ese mismo momento. Entonces dije —grité— que nos fuéramos, que el juego ya no tenía gracia, que todo era una soberana estupidez. Le pagué al adivinador de feria tirándole a la mesa un billete hecho un bollo (en realidad yo deseaba escupirlo). A Marina, me la llevé tomada de un brazo, por el caminito de piedra que cruza la Plaza del Pilar rumbo a La Biela.

—Muerte inminente, qué chanta el tipo, qué irresponsable. Es capaz de volver loco a cualquier ignorante que le crea —dije—. La verdad es que a estas cosas no me las banco.

—Sos un exagerado, un desubicado —dijo Marina clavándome los ojos verdes en el centro de la frente—. El ignorante parecé vos. Voy al baño. ¿Me pedís un *lemmon pie* con el café?

Esas fueron las últimas palabras que escuché de Marina. Me quedé mirando su largo pelo negro, cuando se alejaba por entre las mesas de la vereda, hasta que entró al bar.

Giré la cara hacia el sol, que todavía se asomaba detrás del muro del cementerio. Pensé en la contradicción de este lugar. Recoleta: bares y cementerio. Un lugar de sensaciones divergentes, como el calor del sol en mi cara, oponiéndose al frío intenso del viento contra mi espalda.

Sentía demasiado frío. Mientras las demás personas se sacaban los abrigos, yo subía el cierre de mi campera y lamentaba no haber traído la bufanda.

Muerte inminente, dijo el tarotista. Recordé una frase de mi abuela, que decía que cuando uno siente escalofríos es porque la muerte pasa cerca. Y yo sentía uno, muy intenso.

Un hombre pasó corriendo perseguido por dos policías. El primer estampido hizo volar las palomas, el segundo: se clavó en mi espalda. No pude pararme. Quise, pero resbalé. Sentí que caía en un pozo, mientras la gente se arremolinaba a mí alrededor.

El pozo es color violeta, en su fondo espero que Marina vuelva del baño y me diga que es un juego, como lo del tarot. No quiero morirme. La muerte no tiene nada que hacer en esta vereda. El cementerio queda enfrente, no acá.

Oigo una ambulancia.

Oigo pasos y una voz a mi lado diciendo que deliro.

—Hemorragia —dice la voz... y algo sobre la presión arterial.

El tiempo se escapa y es un almanaque rojo. Lleno de domingos con hojas de otoño, en la vereda, bajo mi bicicleta. Domingos de paseo después del almuerzo. Domingos saboreando el flan con dulce de leche de mi abuela.

—Adrenalina —grita la voz, pero mamá me dice que es la hora del chocolate, el del domingo de mi cumpleaños. La voz a mi lado da órdenes. Súbanlo a la camilla, dice. Una camilla que traquetea como la cama con Marina sobre mí, y yo resisto hasta que estallo y Marina acaba riéndose.



El pozo violeta gira como el tambor de un lavarropas y tiene perfume a ropa limpia, porque la voz me enfunda en una bata suave que se desliza sobre mí. El oxígeno empieza a entrar tibio. Entonces el pozo violeta aclara al rojo. Tengo náuseas.

—Anestesia —dice la voz a mi lado, y después se aleja y me quedo otra vez solo en el pozo de mármol. Una punzada en mi espalda como cuando le choqué el auto nuevo a mi viejo y casi me mato. Mi viejo murió muchos domingos después. Siempre lo extraño.

Ni rojo, ni negro, el pozo violeta no me deja salir. La voz se hizo silencio y me quedo sin guía.

Si logro resistir, despertaré vampiro por la Recoleta, volando sobre las mesas de la vereda, o me quedaré escuchando la música de los boliches escondido detrás del muro del cementerio, y volaré más arriba escapando de los sepulcros para mirar la luna hasta que se esconda con la primera luz.

O tal vez despierte violento —como dijo Marina— furioso por el miedo. Tengo miedo. Me vengaré de la muerte arrastrando esta noche todos los puestos de la plaza. Vampiro violeta contra el negro de la muerte, beberé más sangre, y seré más obsceno que el Lestat de Ann Rice.

Por ahora el silencio reina y la oscuridad me cubre. La muerte espera todavía.

Puedo pensar. Y ver desde la ventanilla de un avión las nubes que manchan la tierra de sombras redondas, justo allá, donde se extiende el cementerio. Un viraje suave; las tumbas ondulan a mi costado.

La visión se extingue y me deja flotando en la una oscuridad violeta. Pienso, y si pienso, vivo. La voz se acerca, mi cuerpo vuelve a mí. La voz habla con otra: que estoy grave, dice, que es cuestión de horas.

Las voces se alejan. Muerte inminente, dijo el tarotista. El silencio retumba como un tambor en otra parte y el pozo violeta en que floto se vuelve definitivamente negro.

# Ignaciosiempre

A Luis O. Lacoste, *in memoriam*

Debajo del retrato que guarda su mirada azul muy nítida, hay un epígrafe que dice: «Al Profesor Ignacio Estrella, desaparecido el 14 de octubre de 1977».

Recuerdo esa fecha, también sus ojos, y, desde entonces, me pregunto si los habrá cerrado debajo de aquella capucha. Pero de lo que estoy segura es de que él, jamás, hubiera admitido esa palabra: *desaparecido*.

No llegaba a los treinta años y ejercía la cátedra de Literatura en el Colegio Nacional de Santa María. Las palabras —nos decía— tienen sinónimos, antónimos, parónimos, y siempre definen un pensamiento. La ambigüedad en ellas tiene doble filo y la imprecisión, también.

Desaparecido.

Nos hubiera hecho buscar en el diccionario de sinónimos: Oculto, escondido, perdido, eclipsado, traslumbrado.

Traslumbrado, como el sol cuando se pone detrás del campanario de la iglesia. Y oculto, como el miedo que hace que

yo no me atreva a llamar por teléfono a algún excompañero para ayudarme a precisar la memoria.

Desaparecido.

Ignacio Estrella nos decía, citando a Wilde, que «el lenguaje es el padre, y no el hijo del pensamiento». Pienso y busco los antónimos: aparecido, fantasma, según el diccionario. Pero él no es un fantasma, él era mi profesor de Literatura.

Aquella mañana había llegado por el patio de baldosas rojas, con sus libros bajo el brazo y una corbata azul con el nudo flojo.

Ignacio Estrella no había aparecido en el patio; había llegado por el patio. Tampoco había salido o desaparecido del aula. Lo secuestraron en el aula.

Vuelvo a buscar sinónimos: Desaparecido. Oculto. Eclipsado, elegí; y lo que se eclipsa es la imagen del final.

Ignacio Estrella en la clase, sentado en el escritorio bajo la claridad que llegaba desde el patio. Ese patio de baldosas rojas, que se extendía bajo la ventana y descansaba en silencio hasta el próximo recreo, de pronto se estremeció bajo los borceguíes. Los percibí apenas antes de que se detuvieran en la puerta del aula y la abrieran de una patada. Creo que eran cinco o seis hombres.

—Qué miran, imbéciles —gritó uno—. Al piso, manos en la nuca. ¡Carajo!

Yo no sabía qué hacer. Me puse las manos en la nuca primero y, después me tiré al piso con los codos de punta. Pero no podía no mirar.

Mi compañero de banco que también espía recibió una patada en la nuca y después dos borceguíes caminaron por su espalda. Ya no miré, solo escuchaba.

—Vos, maestrito, parate. Te venís de paseo con nosotros. Laputaqueteparió. Subversivodemierda. Tevoyhaceratragar-loslibros porelculo.

De todas esas palabras no comprendí subversivo. El que subvierte, según el diccionario. Subvertir: trastornar, revolver, trastocar, desordenar, destruir. Eso fue lo que hicieron con la clase de Ignacio Estrella.

Y se lo llevaron, tironeando de sus brazos, lo arrastraron por el patio, mientras él luchaba por ponerse de pie. Ignacio Estrella dejó un camino de sangre en el piso.

Un hombre, que custodiaba la puerta del aula la cerró y gritó:

—Pendejos, el primero que levanta la cabeza se viene con el maestrillo de paseo. ¡Media hora en el piso boca abajo se me quedan, mierda!

Pero no pasó media hora, solo unos minutos cuando oímos arrancar los autos. Yo ya había corrido hasta la ventana y pude ver que en el portón de salida, Ignacio Estrella lograba ponerse de pie.

Vi que le ataron las manos, que le colocaron la capucha. Después lo levantaron por las axilas y por los pies y lo metieron en el baúl de uno de los autos.

Cerré los ojos. Los cerré un segundo y los abrí, muy grandes. Secuestro: encierro, aprehensión, requisa.

En el patio la tarde no tenía palabras. Una brisa caliente barría el polvo de las baldosas rojas y lo arremolinaba en torno de un mechón de pelo de Ignacio Estrella que resistía pegado a una huella de un borceguí.

El final no es como lo pensaron sus asesinos: con una fosa comunitaria y una cruz NN. Los aquí enterrados no han sido Nunca Nadie.

Me inclino por los antónimos y digo su nombre: Ignacio Estrella será Alguien Siempre.

Yo tengo más años de los que tendrá *Ignaciosiempre* y recuerdo muy bien sus lecciones sobre la importancia que

tiene el final en un cuento. El cierre de un texto se marca con un punto, nos dictaba. Lo que no nos dijo es cómo se cierra una historia cuando no termina. Como esta, en donde el único final posible sería que en realidad no hubiera sucedido.

# Amnesia del principio

«No hablo de perdones ni de venganzas.  
El olvido, es la única venganza y el único perdón».  
J.L. BORGES

Sus hijos pensaron que necesitaría una enfermera. Pero al cabo de una semana retomó el hábito de frotarse la punta de la nariz con el dedo índice. Paulatinamente fueron incorporándose sus gestos habituales, hasta que un lunes, se levantó a las siete de la mañana y por puro hábito, retornó al trabajo.

Padece amnesia del inicio. Realizar un acto por primera vez le resulta imposible. Por simple que sea no puede hacerlo: caminar una cuadra nueva o, por ejemplo, elegir la izquierda en vez de la derecha al salir del estudio. En su casa solo hay ausencia y una mucama por horas, tan eficaz como una enfermera.

Él se baña y desayuna. También compra el diario en la esquina y se toma otro café antes de entrar al estudio. Abogado viejo. Resuelve sus asuntos, porque su secretaria y su experiencia son antiguas.

La amnesia del principio lo atacó un domingo; su mujer se había suicidado el sábado por la mañana. Regaba las plantas del balcón, callada, lo que era muy raro en ella. Y en un momento se tiró, simplemente dejó la regadera en el piso,

se sentó en la baranda y se tiró. Él estaba vistiéndose y vio la escena desde el dormitorio. Allí parado a medio vestirse lo encontraron una hora después. Su hijo mayor y el portero terminaron de vestirlo y lo llevaron a la morgue para cumplir con los trámites.

No pudo precisar el porqué, y aunque la Justicia no lo procesó, los ojos de sus hijos y de la mayor de sus nueras, sí. Solo sospechas, no hubo ni indicios ni pruebas.

Llorar los domingos se le hizo hábito. Tirado en la cama mira el techo hasta que las lágrimas lo borran por completo. Se queda así hasta el lunes a las siete de la mañana. No por que espere el día, nunca tuvo el hábito de esperar.

No llora otro día de la semana. Y jamás se ríe. No demuestra satisfacción o enojo. No puede elaborar un primer recuerdo para evocar ese domingo. Ni los días que sucedieron en adelante. Es imposible que pueda mantener una charla coherente, solo las frases y artificios propios de su profesión. Los clientes del estudio y sus colegas creen que es por el duelo que le cambió el carácter. La secretaria no hace comentarios y tampoco los han hecho sus hijos. Sus relaciones sociales disminuyeron hasta hacerse nulas y su trabajo es cada vez más escaso. Los vecinos no lo saludan desde el día de la tragedia, tampoco sus familiares. Sus hijos jamás volvieron a la casa, y en el estudio lo evitan. Los amigos ya no lo frecuentan, no soportan su mirada de hielo que se clava hasta las vísceras.

El sábado fue el aniversario de la muerte de su esposa, la mucama recibió la orden de acompañarlo al cementerio. Él accedió sin decir palabra. Reconoció la bóveda familiar, el lugar de cada ataúd, los nombres de sus muertos, y el de María Angélica Ruiz de Paiva, QEPD, que leyó en voz alta. La recordó de novia, en el último viaje a Europa, y regando las plantas del balcón. La recordó el resto del día.

El domingo, la olvidó.



## Fuera de cálculo

Más de nueve millones de personas circulan por Buenos Aires durante los días hábiles. Este número, publicado por el Indec en su estadística del año en 2002, se reduce a menos de un millón, si delimito un fragmento, un sector y un horario determinados: Barrio Norte, entre las avenidas Callao, Pueyrredón, Santa Fe y Córdoba, en las horas del mediodía.

Si una, entre ese millón de personas, hiciera un recorrido fijo su probabilidad de encontrarse al azar con un individuo determinado es menor al 1,1%.

He tomando otras variantes —para reducir el azar a su mínima expresión, (cosa que al Indec no le interesa)— y deduzco, que esta probabilidad puede no darse nunca. Más aún, si la persona que uno trata de encontrar es el amor de su vida (ya sea perdido o aún no encontrado) y que, por el contrario, si se trata de un individuo al que uno no quisiera volver a ver jamás, esta posibilidad se daría a la inversa.

Lo confirma el caso de mi amiga Silvia, un mediodía en que caminaba tranquilamente por la avenida Santa Fe. Buscaba

un par de zapatos blancos y, de pronto, vio junto a su reflejo en la vidriera, una cara odiada: la cara de Viviana. Tenía los ojos fijos en el mismo modelo. Porque (aquí no hay cálculo que lo explique) ellas coincidieron siempre.

Son las tres de la tarde, y Silvia no había tenido mejor idea que acudir a mi estudio, para que yo la ayudara a descifrar el episodio. A esta hora estoy en la cúspide de mi capacidad intelectual y odio las interrupciones. Peor aún, si estas son de carácter dramático, tempestuosas e imposibles de encuadrar dentro de una conducta lógica.

Lo que no es lógico es incalculable, y por lo tanto, no me interesa.

Soy licenciada en matemáticas.

Así y todo, cuando Silvia se echa a llorar repitiendo una cantidad incontable de veces: por qué, por qué, por qué; dejo de atender a mi planilla de cálculos y grito:

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tuve que encontrarme con esa hija de puta? —dice Silvia—, yo que la odio porque su sola existencia me arruina la vida, que quiero que se muera, que reviente. La veo y no sé si matarla o morirme. Yo me esfuerzo por olvidarme de todo y ella tuvo que aparecer ahí, reflejada en la vidriera con su cara de triunfadora, siempre mirando lo mismo que yo, eligiendo lo mismo y por supuesto, llevándose lo.

—Convengamos —digo— que no es lo mismo un par de zapatos que un tipo.

—Ernesto, no es un tipo —dice, y confieso que me conmueve, porque cuando Silvia habla de Ernesto Vidal Bremer, la voz parece pesarle en la garganta, como si arrastrara ese nombre desde una profundidad incalculable—, Ernesto es el amor de mi vida y ella lo tiene; y no me digas cursi.

—Yo no te digo nada, Silvia. Pero ¿vos que querés saber? ¿Por qué te la encontraste a esa hora en ese lugar o por qué

comparten el deseo sobre los mismos objetos ya sean materiales u hormonales o sentimentales...?

— ¡Andate al carajo! —grita y se mete en el baño.

Oigo el portazo. Me acerco para hablarle del otro lado de la puerta.

—Silvia —digo—, tu incógnita, que imagino que con el tiempo se hará crónica, me da un dato más para una nueva tesis: «Cálculo de probabilidades de encuentros indeseables entre los habitantes de ciudades populosas». Los factores imprevistos y las variables deben ser eliminados, porque hacen muy engorroso el despeje de las ecuaciones. Como por ejemplo, vos y Viviana. Dos habitantes, del mismo sexo, con diferentes horarios, que circulan en distintos sectores de la ciudad, una en el centro, y la otra en el Barrio Norte habitualmente, pero con una coincidencia insuperable: Ernesto Vidal Bremer. Para colmo, ignorantes ambas de las Ciencias Exactas, desconocen que se encuentran comprendidas en un conjunto de número superior con respecto al conjunto de los hombres. Y que, el conjunto de los hombres se divide, a su vez, en dos subconjuntos, a saber: varones y no tan varones. Y de estos dos subconjuntos se derivan a su vez otros, que pueden corresponder a cualquiera de los mencionados anteriormente: el de los casados, el de los solteros y el de los divorciados. Los que a su vez entrañan otro tipo de características particulares y así hasta el infinito. De ahí, que no hayas calculado, que te correspondía permanecer impar. Pero esa probabilidad parece no entrar en los cálculos de nadie.

Silvia, abre la puerta (se ha lavado la cara) toma su cartera y se va sin dirigirme la palabra ni la mirada y, como era previsible, dando otro terrible portazo.

Yo regreso a mis cálculos. Me lleva la tarde entera el despeje de las ecuaciones porque los resultados estaban viciados.

Viciados porque H, el factor Hombres, es vicioso, en tanto actúa como desestabilizador de las propiedades de M, factor Mujeres en esta ecuación.

Debo despejar mi cabeza: me es imposible anular factores tales como por qué, en el conjunto de M, aparece con frecuencia el deseo hacia el mismo objeto, y, por otro lado, aparece también un odio fatal hacia la compañera en desgracia. Tengo que replantear el problema. Volver a la unidad. La unidad como acepción matemática, no filosófica, ya que de eso se ocupó Aristóteles en su *Metafísica*.

Pero no es este el caso, para la matemática la unidad es uno. No hay palabras, solo números. Los números son la única forma de explicar el Universo.

Decido tomar un café bien negro, después bajaré a comprar algo para la cena.

El color del cielo anuncia que anochece, mi reloj me lo confirma en números: siete de la tarde.

En el ascensor me encuentro con un binomio del conjunto de las M que —calculo, por lo producidas que están— van rumbo algún *pub-happyhour*, a confirmar sus probabilidades de encuentro con algún factor H. Suerte, chicas pienso. Pero sé que las probabilidades, cuando son buscadas, se tornan improbables.

No calculé que hiciera este frío en la calle, no me puse el tapado, y corroboro en mi memoria, que las llaves del estudio están, justamente, en los bolsillos del tapado. Las siete y cuarto. El portero se fue, los de la limpieza vienen a las once. Un cerrajero a esta hora: ciento veinte pesos. Tengo otro juego de llaves guardado en la cochera. Siempre hay que prever imponderables para no lamentar los resultados.

Salgo de la cochera y camino ciento veinte metros. Hay un autoservicio: compro jamón, galletitas, gaseosa dietética y un yogur con cereales. Pago en la caja el importe exacto antes

de que la máquina registradora emita el ticket. Regreso al estudio contando mis pasos, doscientos quince.

Me siento a comer en el escritorio y continúo: dado un número  $X$  de habitantes, que circulan en un horario y una zona determinada, las posibilidades de un encuentro, (eliminé si deseable o no) entre dos individuos determinados, (eliminé la clasificación por género), en una oportunidad, en dos o en más, en ninguna, dado un período de trescientos sesenta cinco días, en un horario determinado: es escasa.

Cargo los datos en la planilla de cálculo y descubro un error importante. En este caso no puede tomarse un horario, sino un intervalo de tiempo breve, porque los individuos circulan a cierta velocidad, y se entrecruzan con otros. Un semáforo, un auto que pasa, o la demora en un ascensor o en un medio de transporte, y más variables y más y más...

Abandono el escritorio, abro la ventana para ver el cielo y descansar mis ojos mirando lejos. Veo las débiles estrellas que ofrece el esmog de Buenos Aires y pienso que mejor sería haberme dedicado a la astronomía que a la estadística.

Un deseo de mi niñez perdido en los cálculos. Se lo había pedido a una estrella fugaz, una noche de verano, cuando estudiaba el cielo en una reposera junto a mi padre.

—¿La viste, qué le pediste? —me pregunto sonriendo.

—Ser astrónoma —le contesté.

Otro deseo se me perdió hace poco, a bordo de un subte fugaz, que me cerró las puertas en la cara, llevándose a Ernesto Vidal Bremer, que leía el diario y no me vio. Mi probabilidad se había perdido. Por un segundo o dos. Enorme diferencia un segundo: uno es uno, no dos. Y la puerta se cerró.

Pero sé que las probabilidades en el subte, son diferentes de las de la superficie. Se anulan muchas variables y el cálculo se simplifica. De las cinco líneas subterráneas que hay en Buenos Aires solo debo tomar la línea «B». Delimitar un

horario, ubicar el vagón y la puerta. Los segundos en que las puertas se abren y se vuelven a cerrar son tres.

Como somos tres Silvia, Viviana y yo.

Ernesto es uno. Debo despejar dos factores en esta ecuación, porque la probabilidad de que un deseo se cumpla, para mí no puede quedar fuera cálculo.

## Fantasma en la niebla

No volvió a aparecer. Lo busqué en cada noche de niebla, durante treinta años, desde aquella última vez, en la que había dicho *vamos*, y salimos del bar a jugar el juego que más nos gustaba: ser fantasmas en la niebla y asustar a los borrachos que cruzaban la plaza de madrugada. Se me había ocurrido a mí, pero él lo perfeccionó. Los veía primero, y me decía *shhh, mirá, este que viene ahora es el flaco Andrés, y ese... seguro que es el viejo Olazábal, y atrás me parece que viene el Negro Martínez.*

Entonces nos escondíamos: yo entre los ligustros y él detrás del rosal. Cuando se iban acercando, los nombraba con voz temblorosa, los acusaba de pecadores y profería amenazas vociferando como un dios temible, mientras yo agitaba las ramas y les arrojaba una lluvia de piedritas.

El flaco Andrés se persignaba, abría muy grandes los ojos y se iba sollozando un rezo. El viejo Olazábal insultaba a todos los santos a viva voz. El Negro Martínez apuraba la marcha sin decir palabra y era el único que a la mañana siguiente, se atrevía contar lo sucedido, agregándole espectros al relato.

Aquella fue la última noche que jugamos a fantasmas en la niebla. Y el juego fue perfecto a pesar de que los dos teníamos la cabeza llena de espuma, de cerveza rubia. (Habíamos tomado no sé cuántas).

Mi madre me despertó a los gritos.

—¿Viste, lo que pasó? Tomaba mucho ese chico, yo sabía que algo iba a pasar —dijo, mientras abría las persianas y yo iba saliendo de bajo la almohada.

—¿Quién mamá? ¿Qué pasó?

—¿Viste lo que pasó? ¿No habrás estado tomando con él, no? ¡Qué irresponsables! ¡Por Dios!

¿Por Dios, por dios? ¿Qué dios? Si él veía a través de la niebla, veía muy bien. ¿Qué hizo dios, le tapó los ojos?

Se los tapó, porque si dios es como dicen que es, seguro que no lo quería.

Yo sí lo quería, y mucho. No fuimos ni novios ni nada.

Teníamos dieciocho años. Después de la noche de los fantasmas en la niebla yo cumplí dieciocho más. Y no sé cuantos más cumpliré hasta ser un fantasma, como ahora es él, y pasar a buscarlo, para salir juntos a espantar caminantes a las cinco de la mañana.

A las cinco y media me había dejado en la puerta de casa. Mañana vengo, me dijo, y te traigo un disco de Spinetta loquísimo vas a ver. Se fue con los brazos cruzados contra el pecho, para cortar el frío, yo lo miré irse hasta que se perdió en la niebla.

Me descalcé en la puerta y fui en puntas de pie hasta mi cuarto. Después, con la cabeza bajo la almohada, traté de dominar el mareo. Oí lejana la sirena, que no olvidé jamás: el tren de las seis menos veinte avanzaba deshaciendo la madrugada.

Él tenía la cabeza llena de espuma, de cerveza rubia. (Habíamos tomado no sé cuántas). No lo vio venir.



## El ausente

Lo enterré con mis manos y una pala, prolijamente, hasta cubrir su cuerpo iluminado por la luna. Poco a poco lo fui tapando con barro hasta desaparecerlo por completo. Sobre el barro dibujé una cruz y debajo un epitafio. Nada formal: «aquí yace el ausente». Luego le puse unas piedras encima, grandes, irregulares y blancas. Y me dormí tendida sobre las piedras, abrazando la tierra que se lo tragó.

Debe haber amanecido nublado, porque cuando el sol me tocó los ojos estaba ya bastante alto (como si fueran las diez), los pájaros no habían cantado y Aquiles no ladró. Me levanté, fui despacio hasta la casa, desaté a Aquiles y le saqué el bozal. El olfateó mis pantalones embarrados, después mis manos y comenzó a ladrar.

—¡Callado, Aquiles, ¡si ladrás, te mato! —le grité y corrió a acostarse sobre la pila de piedras.

Esas piedras grandes, irregulares y blancas, las había traído el ausente; ya no importa que se llamara Mariano, ya no. Él las había traído para hacer un camino que atravesara el jardín

hasta la casa, porque odiaba ensuciarse con barro; y también había traído los plantines de eucaliptos, (que en el futuro serían muy altos, dijo) para sembrar el perímetro de nuestro terreno, y trajo la pala y las bolsas de tierra negra.

Aquí escondidos te voy a hacer el amor hasta la muerte. Muerte dijo, no supe por qué. Pero lo sé ahora. Y escondido, eso sí. Siempre lo decía.

Más que escondido oculto, pensé, y todavía más: ausente.

Pero matarlo no, no lo había pensado.

De eso me doy cuenta ahora, viendo cómo en la bañera se diluyen la sangre y el barro de mi ropa. Ahora que estoy bañándome vestida y empiezo a desvestirme bajo el agua, como en una ceremonia.

Una ceremonia igual que cuando me bañaba esperando a Mariano: baño de espuma perfumada, baño de burbujas haciendo el recorrido que después harían sus manos, después secarme, elegir un corpiño de encaje —¿el rojo o el negro? No importaba, porque en mitad de la ceremonia sonaba el teléfono, y Mariano decía:

—No nena, hoy no puedo ir.

Mariano ausente, toda la noche, muchas noches, malas, como la de anoche. Y como las noches que la precedieron. Y como la noche que trajo a Aquiles cachorro, para que te acompañe cuando no estoy, me dijo.

Las caras de Mariano ausente, se pintan en la espuma. Cara de mentir. Cara de fugitivo como cuando veníamos al campo, y él paraba en las estaciones de servicio, se demoraba en las cabinas telefónicas diez, quince minutos y yo, esperando en el auto. Mariano distraído tardes enteras. Mariano llegando de viaje, escondiendo en la valija un paquete de regalo que no era para mí.

Las burbujas se extinguen en el desagüe, las soplo, cierro los ojos y las caras de Mariano se van. Me deslizo en la bañera

y la vuelvo a llenar con agua limpia, para borrar este olor a sangre que no se va de mí. Permanece. Como el perfume de mujer (que tanto tiempo me llevaba lavar de sus camisas).

Otra vez ese perfume, ¿otra vez?: La última vez. Lo juré ayer, cuando hicimos el amor, y yo, mintiendo unos gemidos, le tapé la cara con mis manos, para no verlo, como no quise ver aquellos cigarrillos de otra marca en la guantera del auto, y ese lápiz labial ajeno que se asomaba en cada frenada por debajo de mi asiento y Mariano ausente, con los ojos en la ruta. Ojalá nos estrellemos —pensé— justo cuando Mariano, solo, acabó.

Matarlo, no. Eso no lo había pensado.

Pero él estaba ahí arrodillado en la tierra, cavando con la pala una fosa larga para la fila de eucaliptos. Y yo de pie.

—Traeme la pala grande, Andrea —dijo el ausente sus últimas palabras— en el baúl del auto, está.

Fui hasta el auto, busqué la pala y se la llevé arrastrándola sobre mis huellas que se marcaban en el barro, como borrarlas al azar.

Mariano de espaldas, arrodillado delante de mí. Pala filosa, pesada, con las dos manos la levanté, y la deje caer de canto en medio de su cabeza.

—Callate Aquiles. No ladres, que te mato Aquiles. ¡Vení para acá!

¡Perro estúpido!

Después, volví sobre Mariano y cavé. Hasta que el cielo se puso rojo y después negro, como la sangre que se coagulaba en la herida de su cabeza.

Después lo enterré, como lo tenía pensado.



## La edad de la presbicia

Yo solo tenía seis años cuando ella me preguntó: ¿qué vas a ser cuando seas grande?

—Escribana —contesté.

Mi tía Alicia sonrió satisfecha.

—Pero no como vos, yo voy a ser escribana de cuentos —agregué.

—Ah. Serás escritora, entonces. Escritora y tendrás que pesar cada palabra que escribas y lo que es peor, cada palabra que escuches y vivir en un mundo solitario y te morirás de hambre —dijo.

Hace tres días que murió, pero recién ayer encontraron el cadáver en la bañera de su departamento de Belgrano. Yo tengo ahora unos años más de los que ella tenía aquel día en el que me sentenció. Aún no morí de hambre (de si mi mundo me resulta o no solitario no hablaré por ahora) y mi tía, finalmente, no me ha incluido en el testamento según lee ante mí el escribano actuante.

Yo no puedo, ni pude antes, ni podré jamás perdonarla, lo digo sin remordimiento: mi tía Alicia bien muerta está.

Con lo que imagino del cadáver de mi tía Alicia y con una copia de su testamento bajo el brazo, salgo de la escribanía. Camino por Viamonte hasta 25 de Mayo. Anochece. En los bares del Bajo, atestados de oficinistas, Buenos Aires es distinta. ¿Dónde creerán que están estos tipos, en Nueva York? *HappyHour*. Julio lluvioso, siete de la tarde, no me parece nada *happy*.

Ni me parece tampoco que, por haberme decidido a escribir en vez de a escriturar, mi tía haya decretado mi muerte civil desde tan temprana edad. Nos hemos odiado sin pausa, mutuamente. Dejaré testimonio escrito de esta historia, aunque no sea escribana. Doy fe.

¿Escribir o intentar hacerlo significa la muerte civil? Me lo pregunto ahora que, con tanto frío y siendo las siete de la tarde, no logro encontrar algún sitio en el que me sirvan un café con leche con medialunas. No, señora —repiten los mozos— es la hora del *happyhour*. No sé cuándo, ni quién fue capaz de decretar un horario feliz, y qué debe beberse en ese determinado momento, ni por qué se acepta como una norma. Lo anoto en mi libreta de apuntes, lo que me hace caer en la cuenta de que las predicciones de mi tía Alicia son ciertas: «pesarás cada palabra que escribas, y lo que es peor, cada palabra que escuches. Y te morirás de hambre».

Ser escritora significa la muerte civil: una muerta civil queda excluida de la realidad, para perderse en la ficción que le dicta su fantasía. Y ambas terminan por desterrar a la escritora a un territorio inexistente. Como inexistente es el territorio en el que enterraré a mi tía Alicia. La enterraré en el olvido. Esto último lo tacho. Guardo mi libreta y mis anteojos, (estoy en la edad de la presbicia) los vuelvo a sacar para mirar la hora; a las nueve comienza mi primera reunión de

taller literario, llegaré puntual. Salgo por Viamonte, empieza a llover, tomaré un taxi.

El limpiaparabrisas lleva un ritmo de latido, barre las gotas, se detiene, vuelve a barrer; mientras el tránsito se atora y yo me pregunto si habrá en un taller literario personas con anteojos de lectura. ¿O es que a la edad de la presbicia los escritores ya son escritores?

La naturaleza es sabia, ella indica que alrededor de los cuarenta hay que alejarse de las cosas para poder verlas. Bajo del taxi. El aire de julio se secó y está más frío. Soy la primera en llegar (la leyenda dice que los escritores son impuntuales, yo no lo soy).

Sebastián A. está sentado en el centro de una larga mesa rodeado por los libros de la librería del entresuelo del bar *Un Gallo para Esculapio*. No ha llegado aún a la edad de la presbicia. Lee con los ojos desnudos, lee con voracidad bajo la luz escasa y amarilla. Y cuando mira, mira pensando, como si en vez de mirar leyera, o como si recordara. Y bien, ese es mi «profesor», un tipo sin presbicia aún y que en vez de mirarme me lee. No sé cómo presentarme. Pensaba hacerlo diciendo que no traje ningún texto porque creo que en la escritura, como en la vida, hay dos formas de actuar: por acción o por omisión. Soy escritora por omisión.

Pero temo confundirlo y ensayo otro modo de presentarme: Hola, soy Adriana Agüero, aún no he logrado escribir nada más que notas en una libreta y unos relatos que no exceden la página y media. Para colmo, en mi locura se me ha ocurrido escribir una novela sobre mis dificultades en ese aspecto. ¿A quién le puede interesar saber cómo no ha escrito una escritora desconocida? No sé qué decirle. Finalmente, cuando Sebastián A. me saluda, le digo:

—Hola. Me llamo Adriana Agüero vengo a corregir mis textos.

Y sonrió con sumisión. Él dice que no importa cuánto hemos escrito o si hemos o no publicado. No le creo. Pero asistiré al taller, una especie de aquelarre sadomasoquista, todos los martes en el entrepiso de *Un Gallo Para Esculapio*.

Un oficial de la Brigada de Investigaciones de la Policía Federal se presentó en mi puerta. Dijo llamarse Carnevale y me entregó el informe sobre la autopsia. Lo leí sin anteojos, parada y desde lejos. El informe, redactado en patético lenguaje forense, no daba lugar a dudas: mi tía Alicia bien muerta estaba. La causa: muerte súbita. Sonreí, como diciendo ya me lo imaginaba, mientras el oficial Carnevale estrechaba mi mano, mirándome por detrás de sus anteojos negros.

Pero no me lo imaginaba. Le sonreí para librarme de sus ojos ocultos, y del más oculto emisario del juez «nosequién», que «entiende en la causa», al que recién descubro parado detrás de la ancha espalda del oficial Carnevale (es irónico que el oficial de justicia esté parado detrás del policía, pero lo está) y me da otro escrito que, en lenguaje policial, se refiere al «esclarecimiento del hecho». O sea, que en dicho lenguaje, la muerte de Alicia resulta clara y súbita. El dialecto policial siempre me resultó absurdo, pero referido a la muerte de Alicia es llanamente increíble. ¿Muerte súbita, no es eterna la muerte? Y, esclarecida, dice además: y yo que creía que la muerte era negra; negra como la visión de mi tía Alicia, ella, carecía de lucidez como para decidir morir súbitamente, lo cual hubiera logrado suicidándose, pero tampoco tenía la sensibilidad suficiente como para hacerlo. No hubiera visto la posibilidad; además, porque era miope.

Toda su vida usó anteojos con marcos ridículos de diferentes colores, los combinaba con la ropa según la ocasión. Para la escribanía usaba unos negros con incrustaciones de nácar en las patillas. En la casa usaba unos con marco transparente y



para las reuniones sociales, dorados o plateados, dependía del atuendo. Todos eran muy gruesos. También usaba una lupa, con la que inspeccionaba los billetes durante las operaciones inmobiliarias, o cuando debía certificar firmas.

Era obsesiva y desconfiada. Jamás se casó. Durante muchos años fue amante de un escribano que terminó, en la vejez, cediéndole su matrícula. Alicia se las arregló para hacer valer los papeles que la acreditaban como sucesora en el registro y dueña absoluta de la escribanía (derechos adquiridos por sus buenas artes en la cama del escribano Samuelson, que era un viejo repugnante) y, aunque la viuda e hijas del viejo patalearan, mi tía Alicia reinó al frente de la escribanía hasta el día de su muerte.

Es injusto que la muerte súbita haya demorado tanto en llegar: en este oscuro mundo la Justicia es relativa. Deberían haberla envenenado las Samuelson.

El oficial Carnevale, que tiene cara de no practicar la libertad de pensamiento, tal vez sospeche de los míos, porque aún está parado frente a mí escudriñándome por detrás de sus antojos negros. Demora demasiado en soltar mi mano, su sonrisa parece la de un perro a punto de morder. El pequeño oficial de Justicia continúa parado detrás de él, con la cabeza gacha. Mi tía Alicia, que era miope, jamás se hubiera percatado de su presencia.

*Un Gallo Para Esculapio* es una forma de denominar una deuda, en alusión a la que Sócrates al morir temió dejar pendiente con su médico. Me pregunto si habrá muchas personas que se acuerdan de sus deudas a la hora de morir. Yo espero no dejar ninguna. A la que la vida tiene conmigo, la tengo escrita sobre el alma junto a las predicciones de mi tía Alicia. Por eso, vinculo el nombre del bar con mi rescate: soy como Esculapio, soy acreedora de una muerte. Y para colmo estoy

en la edad de la presbicia. Para conjurar el destino, los martes llevo mis textos al taller de escritura. Allí hay escritores que sufren presbicia y otros que aún no. Lo cual me consuela bastante. Está Marcelo R. que no usa los anteojos, solo por ironía. Y María Marta M. que los usa ineludiblemente. Así como se comportan con sus anteojos, así son y así escriben. Uno con una ironía pertinaz, y la otra con una proximidad ineludible. Ellos conforman conmigo el grupo de los cuarentones. Nos profesamos una mezcla de respeto y compasión. No necesitamos los anteojos para vernos de cerca, hay entre nosotros algo parecido a la complicidad escolar. Los de la edad de la presbicia, como dije más arriba, nos alejamos de las cosas para poder verlas, nos situamos justo en el punto donde el pasado y el futuro tienen la misma dimensión. Un punto desde el cual vemos el pasado con nostalgia y el futuro es tan cercano que parece presente. Marcelo R. y María Marta M. lo saben tanto como yo: intentar escribir a la edad de la presbicia es desesperante.

Sebastián A., además de su destreza para la gramática y de su voracidad por la lectura, no sé qué otra ventaja nos lleva, o si sé: es optimista. Hubiera sido catastrófico que el taller estuviera dirigido por algún presbicio. Si así fuera, el pesimismo nos haría zozobrar.

«Escritoras, todas son trágicas, solitarias y patéticamente feministas, sin contar la cantidad de suicidas que se encuentran en la lista», con frases como esta mi tía Alicia signó toda mi adolescencia. Entonces no me daba cuenta de que debí haberle dado a su pregunta una respuesta diferente. Debí haberle dicho: si tía, seré escritora y en mis ratos libres escribiré (tal vez de esa manera hubiera conseguido «fondos» para comprarme horas libres, me hubiera comprado tiempo para escribir. Porque el tiempo es libre mientras escribo, y es esclavo cuando cumplo con exigencias formales. Alicia,

que pasó su vida redactando testimonios, trataba de inculcarme sumisión ante el trabajo mercantil, ante el devorador de tiempo. Ella me negó, aún no sé por qué clase de odio secreto, mi tiempo para escribir. Te morirás de hambre, amenazaba cada vez. Ella fue la albacea de la pequeña herencia que me dejaron mis padres. Y murió debiéndomela. Cada martes, al salir del bar con mi proyecto de novela bajo el brazo, me paro frente al cartel para ver brillar sus letras blancas contra el cielo de Palermo viejo *Un Gallo Para Esculapio*, mientras Sebastián A. se despide diciendo:

—Está bueno tu texto.

Me voy con una sonrisa que se disuelve en apenas media cuadra y sin mis lentes de leer, pues en la oscuridad de la calle Costa Rica, lo que se lee, no está escrito. Que no iba a ser amada no constaba en las predicciones de mi tía Alicia, pero igual me sucede. No amo a ningún hombre, y ningún hombre me ama a mí. Solo tengo un amante que ignora quién soy. Cuando me miro en él, me fragmento como ante un espejo roto. Cada parte de mí que él ama o que detesta, en realidad no soy yo; no completa al menos.

Soy divorciada. El divorcio es la disolución del vínculo matrimonial, según el diccionario de la Real Academia; definición a la que me ajusto como a pocas: no existe nada más disuelto que mi matrimonio. Matrimonio es una palabra que termina en *monio*, como el demonio. (Aunque la Real Academia no lo haya especificado, yo lo agregaría). Al llegar a mi casa (que sea mía no está escrito en ninguna parte, ya que mi tía Alicia jamás escrituró propiedad alguna a mi favor), me descalzo en la puerta. Parada en la cocina como algún resto frío del almuerzo, mientras chequeo los mensajes telefónicos que rara vez existen, luego me pongo a escribir. Sentada frente a mi vetusta PC debo dar un espectáculo deplorable: con mis anteojos contra la presbicia, una bata vieja, envuelta

en humo y dudas, permanezco inmóvil (excepto mis ojos y dedos) hasta que el hilo del relato se corta. Entonces fumo mientras doy vueltas por toda la casa solitaria, y si ninguna frase viene a mi auxilio, me ducho y me voy a dormir.

Duermo con mi gata, ningún hombre ha tolerado jamás mi comportamiento nocturno. Vivirás en un mundo solitario —decía Alicia. Y lo acepto. ¿Puedo pretender compañía a la edad de la presbicia, cuando los hombres que veo a distancia se desdibujan en la cercanía?

Las escritoras son patéticamente feministas y son suicidas, decía Alicia. Yo creo que suicidas hay en todos los oficios, el mayor suicida es el que no tiene otro oficio que el de escribirse una vida dictada. En mi vida la que redacto soy yo, y patéticamente feminista no soy. Soy solitaria, eso sí, pero me tengo pensado un final feliz. Y escribo porque me es absolutamente necesario.

¿Llegaré a tener lectores a quienes pedir indulgencia o escribiré solo para no convertirme en una criminal peligrosa? Las escritoras son trágicas, decía Alicia, y yo con esta pregunta, acabo de darle la razón. Más trágico aún es que ante mi puerta haya aparecido otra vez el oficial Carnevale, sin el oficial de justicia detrás y con sus incalificables anteojos negros. Sonríe como un perro mostrando los dientes frente al visor del portero eléctrico. Simulo desconocerlo y pregunto quién es. Oficial Carnevale, contesta ya sin sonrisa, y me explica que viene a dejarme una citación, «para concurrir a retirar las fajas de clausura del departamento de la señora Alicia Agüero», dice (Alicia hubiera corregido: «señorita»).

Le pido que deje la citación en la portería.

—Negativo —dice el oficial. Debe bajar usted con DNI y firmar.

Iba a contestarle quién era DNI, pero esa cara no daba para chistes. Me allano a su lenguaje y cumplo la orden.

Bajo, le muestro mi documento y firmo, mientras Carnevale pasea los ojos por mis piernas y masca su chicle. Afuera hay dos más de su misma especie en el interior de un patrullero. Me pregunto si esos anteojos serán parte del uniforme. Sí. También esa actitud arrogante y ese lenguaje uniforme, son parte del uniforme.

Qué personaje para una novela policial Carnevale, qué personaje policial. Detestable, Carnevale. Ojalá nunca se me ocurra un personaje como Carnevale.

Si Sebastián A. lo hubiera visto me diría que escribiese una policial, o un cuento, si no da para novela. Y los presbicios del taller hubieran desplegado toda su imaginación pensando posibilidades para el personaje de Carnevale. Pero yo dudaba entre lograr escribir una oración coherente, o salir a terminar los trámites del departamento de Alicia. Ganó Alicia, abandoné lo que escribía y salí hacia lo que para ellos sería: la escena del crimen.

Fui en subte. En el viaje desde la estación Bulnes hasta Juramento no pude concentrarme en lo que tenía que hacer cuando llegara. Y bueno, por qué saberlo, si el que sabía era el oficial de justicia invisible y me estaría esperando allí. Además, según Alicia, yo vivo en un mundo inexistente. Y más todavía cuando viajo en subte. Ese mundo subterráneo y artificial trastorna la conducta de las personas. A mí, por ejemplo, me pasa que no puedo mirarlas a la cara, solo les miro los pies. Trato de saber cómo son a través de sus zapatos. Me gusta leer el diario del vecino y descubrir la tapa de libro del pasajero de enfrente. Es terrible estar obligado a tener a las personas tan cerca y no tener otra cosa que mirar. A veces saco mi libreta de anotaciones y escribo frases estilo Pizarnick y después me arrepiento. En ese caso es mejor leer. En el subte los pasajeros son más pasajeros que en cualquier otro momento de sus vidas. Esta frase la

anoté y no supe qué hacer con ella. Se me ocurrió que un cuento sobre la muerte, justo cuando el cartel de la estación Juramento desfilaba ante mis ojos. Bajé deseando que no estuviera Carnevale esperándome.

En la superficie había sol y frío de invierno. Hice media cuadra por Cabildo, compré garrapiñadas de almendras calientes, se me pegaron a lana de los guantes, camine sin ganas, miré que mis lentes de la presbicia estuvieran en la cartera y me puse los de sol. Allá en la puerta estaban parados un cabo de la policía, con su campera de Taiwán, y el que debía ser un fiscal, con un sobretodo marrón espantoso. No estaban ni Carnevale, ni el oficial de Justicia invisible. También había un patrullero y, por supuesto, el portero que parecía muy entusiasmado por la situación.

—Acá llega la señora Agüero —dijo el muy obsecuente.

El cabo hizo la venia, y el del sobretodo marrón dijo:

—Buenas tardes, señora. Vamos a proceder a retirar las fajas de clausura y a entregarle las llaves del inmueble.

Asentí con la cabeza y sin hablar los seguí hasta los ascensores. Por suerte el viaje duraba solo tres pisos, no hubiera tolerado más tiempo escuchando la clásicamente estúpida conversación de ascensor que sostenían esos tres tipos. Pesará cada palabra que escuches, predijo Alicia; pero estas eran pesadas de por sí. Lo que Alicia no pudo predecir es que yo estuviese por entrar a su departamento de Belgrano, que un fiscal sacaría las fajas de clausura, que un cabo o un sargento —o no sé— me estuviera mirando fijamente por debajo de la visera, que el portero refregara sus manos como si estuviera por abrirse la cueva de Alí Babá y que yo, solo deseara irme.

El cabo y el fiscal abrieron la puerta y se fueron sin entrar, le pedí al portero que se adelantara y abriera todas las ventanas; después entré. Aunque el cadáver de Alicia ya no

estaba en la bañera, el olor persistía a través de tres meses de encierro. Y aunque, insisto, el cadáver de Alicia ya no estaba en la bañera, se dibujaba en mi retina con perversa precisión. El baño estaba a oscuras y se oía gotear una canilla. El portero dijo que había que cambiar el cuerito, y la imagen de Alicia se esfumó. Levanté mis anteojos negros, no me los había sacado, y lo miré como para matarlo.

—¿Se encuentra bien, señora, no quiere sentarse un poquito?

—No, no. Estoy bien así. Pero cierre la puerta del baño por favor, y las de los placares, abra el balcón y todas las ventanas, y vámonos. Quédese con las llaves. Yo me tengo que ir.

No sé si me contestó, ni siquiera lo esperé para bajar. Odio viajar con extraños en el ascensor y más aún que me den el pésame por lo que no me pesa. Afuera el cielo se había nublado. Volví en taxi, con la ventanilla abierta, hasta que se me congeló la nariz. Cuando cerré el vidrio el taxista me miró por el retrovisor y se me ocurrió que mirar hacia atrás mediante un espejo podría ser una buena técnica para recordar lo que jamás se vio. A mí me serviría para ver el cadáver de Alicia en la bañera y poderlo contar. Sebastián A. me diría, si lo vas a escribir, mostrarlo, tenés que mostrarlo, sería una buena escena de terror. Pero yo no volví a verla, ni mirando para atrás, ni para adelante, tampoco al cerrar los ojos, y menos aún frente al teclado.

Solo la huelo de vez en cuando, la huelo cuando me excedo con el alcohol, la huelo cuando vomito.

A la edad de la presbicia uno aprende —por fin— a mirar más allá de sus narices. Seguramente por eso los anteojos de lectura deben montarse bien cerca de la punta, lo que hace que uno eche la cabeza hacia atrás con un aire de suficiencia. Algunos verán en esta actitud un gesto de decadencia, pero si se lo piensa bien es casi una postura artística, como la de los pintores cuando se alejan de la tela para corroborar el efecto

de la pintura. En la punta de mi nariz suele mi amante pegar la suya para mirarme a los ojos cuando me tiendo sobre él. Más allá de nuestras narices nos reconocemos como los ciegos, por el tacto, por la voz, por el olfato; como los ciegos, o mejor como animales. Sin palabras y sin razón alguna. Por eso las letras se niegan a darle a mi amante un nombre y en este caso yo las dejo hacer. Mi amante dice que yo debería seguir a fondo con el caso de Alicia, pedir una investigación más exhaustiva sobre su muerte. La explicación de la muerte súbita, él no la cree: porque no la conocía. Y dice que, en el caso de que las Samuelsen la hayan matado, tal vez yo podría conseguir algún resarcimiento económico. Dijo *resarcimiento*, me molestó esa palabra. Le contesté que si a mí no me importaba el asunto menos debería importarle a él. Y que no vuelva a hablarme en idioma judicial porque no lo tolero. Los ojos verdes de mi príncipe gris se cerraron en un gesto de disgusto. Yo despegué mi nariz de la suya, para verlo de lejos, como leyendo una indescifrable letra chica.

La presbicia se instala en la vida paralelamente a la desconfianza. La letra chica, la mayoría de las veces, es para desconfiar o al menos un alerta para la atención. Se me ocurre esta frase cuando camino bajo la lluvia, rumbo al taller literario por la calle Costa Rica, y me detengo a anotarla en mi libreta, mojada, porque el árbol que elegí deja pasar los goterones entre su follaje. Un árbol incapaz de protegerme contra la lluvia. Un árbol como mi príncipe gris: pierde las hojas, no abriga. No es, evidentemente, un lugar adecuado para detenerse a tomar notas y continuo mi marcha rumbo al taller, donde espero encontrar algo de paz, algo de calor. Lo que encuentro acalorada es la discusión que María Marta M. y Marcelo R., escritores presbicios, mantienen con Sebastián A. Él opina que si uno quiere dar a conocer lo escrito



debe allanarse a participar de un concurso literario. Eso, a los viejos novatos, nos provoca desconfianza.

—¿De qué se trata lo del concurso? que es literario está claro; pero concurso no es —digo.

Sebastián A. busca como siempre una explicación optimista y pide una cerveza. Me pregunta si quiero una.

—No gracias, mejor dame el diccionario de sinónimos para aclarar esto —respondo.

Busco en el diccionario, para avalar en cierta forma lo que pienso y finalmente digo:

—Acá dice que: concurso es asistencia, ayuda, cooperación y por otro lado certamen, oposición. Oposición está claro, y también dice certamen como sinónimo de justa. Pero justa, en este caso no es el femenino de justo. Y si no es justo, me parece oprobioso tener que participar.

Sebastián A. hace silencio midiendo lo arduo que será tratar de convencerme.

Tengo escritos algunos cuentos. Tengo muchos más sin concluir y una cadena de palabras que repta a lo largo de las hojas de varias libretas de anotaciones. Eso es todo lo que tengo y para colmo me entero de que, entre otros requisitos, el autor debe enviar una reseña de su actividad literaria y además una foto. ¡Una foto! De ninguna manera. Yo podría tal vez mandar un currículum escueto, ya que mi actividad literaria es haber escrito y no haber sido leída. Me disculpo entonces, por no tener antecedentes públicos. Pero una foto, jamás: un escritor tiene la cara que sus lectores imaginen; como imaginan su voz. Las fotos en las solapas de los libros son siempre un desencanto.

Sospecho que los organizadores del concurso son como un ejército de «tías Alicia», decididos a demostrarle a los pretendidos escritores lo infructuoso de su actividad. Ellos solo premian con dinero a quien pueda reeditarles dinero,

o sea el ganador, y a los perdedores les pasan sus textos por la picadora de papeles. ¿Ganador, perdedor? Para qué pesar estas palabras. No participaré. Tiene que haber otro camino.

Tras un breve período paralizada, sin escribir y sin encontrar camino alguno, decidí cambiar el rumbo y sobre todo cambiar de actitud. En vez de dirigirme a las personas en la forma breve y distante que me caracteriza, resolví conversar. Conversé sobre el tiempo, sobre el precio del dólar, sobre el aumento de tarifas y sobre el catálogo de desgracias del argentino medio. Sonreí y fingí interés en sus apreciaciones. Improvisé así, mediante la conversación de ascensor, de cola bancaria o de sala espera, un sistema de investigación para averiguar en forma práctica (casi científica), una duda que no he podido resolver, hasta ahora, con mi método solitario de devaneo de sesos. Una duda que no me deja sentarme a escribir como es debido. Pero, no conversé con cualquiera, mi pregunta central iba dirigida solo a un grupo de personas: los miopes.

—Disculpe mi curiosidad —les preguntaba, después de haber entrado en falsa confianza— ¿usted, se baña con los anteojos puestos?

La mayoría no me contestó. Otros de mejor humor, me respondieron que no porque se les empañan y que, definitivamente, su defecto visual les impide ver de la corta distancia hacia adelante. Para apreciar algo muy de cerca, o para leer letra chica tienen que sacarse los lentes, pero prefieren, muchos de ellos, entrecerrar los párpados y mirar, como atisbando en la lejanía, lo que se encuentra frente a su nariz. Muy pocos lo reconocen, en verdad, no se quitan los anteojos bajo ninguna circunstancia. Es más, un tipo de unos cuarenta años, creyéndose muy seductor, me dijo que él no se los sacaba ni para «hacer el amor». (Pero no iba al caso). Lo

que iba al caso era si mi Tía Alicia, se bañaba o no, con sus anteojos puestos.

Yo jamás la vi sin ellos. Si la pensara sin anteojos jamás podría imaginar su cadáver en la bañera. La imagen de un cadáver es un buen principio para un cuento de misterio, pero no la imagino, sin anteojos no.

Sebastián A. me dijo que dejara de perder el tiempo y relatase una escena terrorífica.

No lo hice así. Yo me destaco por elegir frecuentemente el camino equivocado, y en vez de haberme sentado a escribir, me encontraba perdiendo el tiempo de un sábado, viajando en subte otra vez, rumbo a la imagen de Alicia hasta su departamento de Belgrano.

Un dúo de actores ambulantes representaba una escena en el vagón. Los viajeros miraban insistentemente el paisaje escatológico del túnel y no le prestaban la menor atención a la escena. Temían el posterior pasaje de la gorra, y les espantaba el verse reflejados en la mímica. La escena duró tres estaciones, los actores pasaron infructuosamente la gorra y se bajaron en Olleros. Me quedé sola en el vagón durante dos estaciones, hasta Juramento, y me dediqué a armar palabras con las letras de los carteles. Al llegar, subí por una escalera mecánica que desemboca en la vereda de enfrente y me desorienté. El frío en la superficie era feroz y en los parlantes de una galería se escuchaba, anacrónico, Serú Girán: *«Este invierno fue malo / Y creo que olvidé mi sombra en el subterráneo, nena. / Y mis piernas cada vez más largas / saben que no puedo volver atrás / la ciudad se nos mea de risa, nena»*.

La que se debe estar meando risa es Alicia, nena, pensé mientras apuraba el paso en dirección equivocada. Fue demasiado para un sábado: frío, recuerdos de adolescencia y un rumbo equivocado. Finalmente, no llegué al departamento

de Belgrano, tomé un taxi y volví a casa por la superficie bajo un cielo tormentoso, tan oscuro como el túnel del subte.

En el contestador telefónico mi príncipe gris anunciaba que estaría de viaje por diez días. Morite, digo, y me siento de espaldas a luz a escribir un cuento sobre como una mujer asesina a su amante. Lo escribo completo en menos de tres horas. Lo llevaré a corregir al taller.

Los presbicios, en esto, somos obedientes y dedicados. Corregir lo escrito requiere objetividad y obsesión contundente por lo preciso, como los crucigramas y los enigmas matemáticos. Cualquiera sea el caso, se trata de una tarea especial para presbicios porque es una tarea de reparación.

«Lo enterré como lo tenía pensado», dice la protagonista de mi cuento y comienza el relato por el final para terminar describiendo cómo mató a su amante, y —como todo asesino que se precie— justificando su acción.

—¿Este cuento es para mandar al concurso? —pregunta Marcelo R. arqueando las cejas.

—No, no es —contesto y sigo leyendo.

Marcelo R. se empeña en interrumpirme, me pregunta si hay algo personal en mi cuento.

—Sí, claro. Es personal porque es mío.

—No, por lo del amante, digo.

—¡Cómo va a ser cierto! Y no me preguntes cosas personales, que a vos nadie te preguntó nada.

—Sigamos corrigiendo —dice Sebastián A.

Seguimos corrigiendo pero mi atención se había dispersado. Me preguntaba por qué entre los escritores (los conocidos al menos) no se encuentran asesinos y me respondía que debe ser porque tienen el privilegio de matar a sus personajes. No pude seguir la lectura, me saqué los anteojos y me dispuse a escuchar lo que leía María Marta M.

En las mesas de abajo, los clientes del bar del *Gallo* disfrutaban de sus tragos, mientras los presbicios nos enredábamos en las letras. Intentar escribir a la edad de la presbicia es puro masoquismo. Dejar de hacerlo, también. María Marta M. termina de leer su cuento y prende un cigarrillo a la espera de la crítica. Sebastián A. le señala un párrafo demasiado extenso, por el cual que discutimos casi media hora. Por eso me olvidé de preguntarles si sabían de algún miope conocido que se bañara con los anteojos puestos.

Lamentablemente, si mi tía Alicia (o su cadáver) tenía o no sus anteojos puestos, no constaba en el informe del forense. En mi memoria consta que Alicia no se los sacaba jamás. Era muy difícil adivinar la expresión de sus ojos, parecían los de una vaca inofensiva, detrás del desmesurado aumento. Así lo estimé la primera vez que recuerdo haberlos visto. Yo no tenía más de tres años, cuando mi tía Alicia tuvo que hacerse cargo de mí, tras la muerte de mis padres en un accidente en la Ruta 2 rumbo a Mar del Plata, un viernes lluvioso, según me dijo. De ellos tengo solo una foto, la de su casamiento y creo recordar la voz de mi madre y la altura descomunal de mi padre. Mi tía Alicia no los quería ni a ellos ni a mí, y esto no era por ninguna razón en especial, era solo porque mi tía Alicia no quería ni quiso a nadie nunca. Y menos aún quería encargarse de una niña rebelde y tenaz. Si no me depositó en un orfanato fue solo por hipocresía. Pero me inscribió en el colegio de las Hermanas del Niño Jesús que era una cosa parecida. Parecida a un orfanato y también a la hipocresía. Allí pretendió mi tía que yo fuera educada.

Yo me eduqué, realmente, durante las horas en las que Alicia me dejaba sola en su departamento de Belgrano. Leyendo y releendo todo lo que había en su biblioteca, revisando sus papeles y sobre todo haciendo experimentos ópticos con los espejos del baño. Eran cuatro. Además de los tres

espejos clásicos, mi tía había adosado uno redondo de aumento en uno de los espejos laterales. Lo usaba para maquillarse los ojos y para depilarse artísticamente las cejas. Eran maravillosas las imágenes que obtenía superponiéndolos. Los espejos multiplicaban mi cara mientras yo cantaba utilizando un tubo de desodorante como micrófono. Y otras veces, parada en un banquito, leía cuentos en voz alta, como si estuviera delante de varios espectadores. Esto duró hasta que una vez, jugando a ser una novia con la cortina de la bañera en la cabeza, me caí del banquito y la cortina se descolgó y se rompió por completo. Desde esa tarde, Alicia me confinó a utilizar solo el baño del servicio. Cada vez que se iba dejaba el «suyo» cerrado con llave. Lo único que faltaba, me dijo, es que te hagas la artista. Los artistas son unos irresponsables, se creen seres superiores y no respetan las ideas de los demás. Alicia debe haber querido decir algo sobre el arte de vanguardia, porque para esa época fue lo del Mayo Francés y el Cordobazo, hechos que a mi tía Alicia la escandalizaron.

Me desalojó para siempre de su baño, me quedé sin espectadores, y comencé a escribir.

Dormía en las dependencias de servicio, me parecía fascinante, pues tenía mi propio espacio y, sobre todo, tenía a Alicia un poco más lejos de mí. Comprobé que su lejanía era beneficiosa, aunque tuve que soportarla, por razones obvias, hasta cumplir los dieciocho años.

Ahora, más de veinte años más tarde, su lejanía es tan necesaria como la distancia para leer, cuando no encuentro mis lentes contra la presbicia. Esos lentes necesarios que pierden con tanta facilidad a los presbicios, pero a los miopes, jamás. Me pregunto dónde estará ese último par que Alicia debe haberse sacado para no haber visto el jabón, con el que resbaló y se partió la crisma contra la bañera, como corresponde a la muerte ordinaria de cualquier vieja. ¿O tal vez los

tenía puestos y se vio bien de cerca en su espejo de aumento y le dio síncope?

Mi príncipe gris, vive lejos de toda fantasía (por lo tanto lejos de mí) dice que yo nunca realizo una acción concreta, y que nunca llego a nada:

—Dame un ejemplo —digo.

—Estás escribiendo, lo decís pero no se ve. No te interesa la muerte de Alicia, y últimamente ese es tú único tema. Ya no me querés pero no me dejas, etc., etc.

—Con respecto al último punto, te aclaro que ya te maté en mi último cuento, lo que aclara que sí escribo. Y con respecto a Alicia, solo me molesta el olor a muerto de su departamento de Belgrano que se aparece de vez en cuando en mi nariz y, detesto su voz cuando aparece anunciándome fracasos a cada paso y odio pensar en que tal vez se haya suicidado, cosa muy digna, de la que pudo haber sido ser capaz.

—Sí, muñeca, tenés razón. Vos hablando siempre tenés razón... Pero no pensé que fueras necrófila, porque si estoy muerto para vos, en la cama no lo parece, lo de recién estuvo muy bueno.

—Seguís sin entender nada —digo—. Pero igual podés quedarte a dormir.

—Sí, si sacas tu gata de la cama.

Le pregunto si no podrá por una vez, no ponerme condiciones, pero ya se durmió. Y además al pasaje por el paraíso de nuestros cuerpos con sus respectivas almas, le dice «lo de recién». Mi príncipe gris, definitivamente, no entiende nada.

Vivirás en un mundo solitario, dijo nítidamente la voz de Alicia en mi memoria, justo cuando decidí alejarme de mi príncipe durmiente y me bajaba de la cama a buscar a la gata, para llevarla a dormir conmigo a la habitación de servicio.

Dormir en la habitación de servicio es como dormir en una habitación de hotel donde nada le pertenece a nadie. Es

ser un viajero, es estar en tránsito. Es un poco menos frío que la soledad, menos desapegado y triste porque se respira cierta independencia, como la de los gatos, siempre en tránsito por la vida de quienes aman. Cualquiera que haya dormido solo en un cuarto de hotel puede corroborar lo que digo. Porque uno sabe que la soledad de un cuarto de hotel, como la del viajero, está en tránsito. Pero la soledad del cuarto propio es helada, duerma uno con quien duerma, y sabe a definitiva. Y eso no se comparte. Mi príncipe gris tendrá entonces que irse, para que yo regrese al cuarto principal a escribir tranquila, sin resabios de niñez, sin la voz de Alicia dictándome su pesimismo en cada párrafo.

Definitivamente no hay lugar para alguien más en esta casa. Príncipe gris, estás desterrado.

Por la mañana —el hasta ahora llamado príncipe gris—, Hernán, se había ido antes de que yo se lo pidiera, con su nombre real al mundo de la no-ficción. Desde ese día habita por allí y creo que jamás leerá una página de lo que aquí he dicho de él.

Las noches son más largas desde entonces. Tengo más intimidad y tiempo para escribir, estoy sola. A veces me saco un rato los anteojos de la presbicia porque se me nubla la vista. Son lágrimas, no las seco, solo limpio los anteojos y espero un rato, miro el reloj de escritorio que mi príncipe gris una vez me regaló. El reloj se ve borroso entre la presbicia y las lágrimas. ¿Habrà a la edad de la presbicia tiempo para recuperarse de la pérdida de un príncipe por más gris que este haya sido?

A dormir, nada de cuentos, nada de príncipes, decía Alicia y me dejaba sumida en la desmesura que tiene la oscuridad cuando se tienen siete años. Ahora no apago las luces, hasta el amanecer no las apago. Aunque no sepa cómo haré para levantarme, para encarar el tedio del trabajo, mañana.



El problema es comenzar el día, después todo se arregla. Por la tarde voy a corregir.

Llevo mis textos al taller de Sebastián A. Se ha mudado de *Un Gallo para Esculapio* a una librería en la calle Gorriti. Los integrantes más jóvenes no acusaron el efecto del cambio de lugar, pero los presbicios nos desorientamos un poco. Porque a la edad de la presbicia uno es casi tan rebelde como un adolescente y tan necio como un viejo; las adaptaciones a los cambios forzosos provocan en nosotros cierta desazón. A tal punto que algunos hemos pensado en irnos con la música a otra parte, perdón, con los textos a otra parte.

Si a esta altura del camino, los textos no van a una imprenta, a una revista o a un pretencioso libro, ¿dónde podrían ir? Esa es la pregunta, y más que una pregunta es un problema. Además de escribir por necesidad personal, deberíamos suponer que uno escribe para algo o alguien. Los que escriben por razones comerciales, sean presbicios o no, no tienen este problema.

Pero, los textos ¿adónde podrían ir? Debe ser esta una pregunta metafísica, me digo al no encontrar la respuesta. Y ni bien lo pienso encuentro una. Es así: la persona que escribe es un escritor, un escritor desea hacer público lo que escribe, siempre lo desea aunque sea un diario personal o una carta de despedida. Hacer público no significa necesariamente ser masivo, hacer público significa dar a conocer. Un texto es lenguaje escrito, el lenguaje sirve a la comunicación, un escritor comunica lo que piensa, lo que imagina, lo que desea, lo que inventa o reinventa, un escritor es un dictador de irrealidades, y para hacerlas reales las da a conocer.

Yo empecé estas páginas dando a conocer mi realidad de escritora que no escribió, pero que escribe ahora, para dar a conocer las dificultades que su realidad no escrita le presenta al escribir su ficción. La escritora delira.

Sebastián A. dice que en vez de hacerme tanto problema siga escribiendo. Y me sugiere que si estoy empantanada, hable o escuche a escritores conocidos y actuales que revelan cómo es el proceso de sus textos y lo cuentan por ahí. Yo los escucho: todos hacen más o menos lo mismo, la diferencia es que ellos leen lo que han escrito en público, y yo no. Eso es todo.

Estuvimos corrigiendo deseos y los textos quedaron sin leer sobre la mesa, como muertos en un velorio. Están ahí expuestos y los impresionables no los queremos mirar. Si los miramos nos dan el reflejo de nuestra propia muerte. Sin ser leídos, meterlos en las carpetas es como llevarlos al entierro que se consuma en el nicho del cajón de debajo de la biblioteca. Si alguien necesita mi cadáver, está ahí, en el cajón de debajo de la biblioteca, todo lo demás es solo ceniza.

Las cenizas de Alicia, en cambio, se quedaron esperando en el crematorio del cementerio de la Chacarita. De vez en cuando, la administración del cementerio envía una factura a pagar por su tenencia, y me reclama que las retire (según me informa el portero del departamento de Belgrano, dejando así en evidencia que lee la correspondencia ajena). Yo le contesto invariablemente que no lo haré jamás y que él, por su parte, podría también hacer cenizas todas las demás cuentas que en Belgrano se acumulan, pues no pienso pagarlas. Me tiene sin cuidado si entre todos los acreedores rematan ese apesotado departamento. Detesto las cenizas de Alicia y detesto las administraciones, sean estas de cementerio o de consorcio, que para el caso es lo mismo; ambas administran nichos.

El portero, que ejerce un autoritarismo rudimentario, me recrimina que, «alguien», de alguna manera debe retirar los «efectos personales».

—¿Defectos personales, de quién? —pregunto.

Él corta la comunicación, y no volverá a llamar hasta pasados unos quince días. Y aunque yo disfruto mucho de burlarme de las autoridades, cambiándoles algunas letras de sus propias palabras, esta vez caigo en la cuenta de que «alguien» de alguna manera debe cortar definitivamente la comunicación con el portero y el departamento de Belgrano, y con los efectos de Alicia en general. Ese «alguien», debo ser yo.

Pesarás cada palabra que escribas, cada palabra que leas, cada palabra que escuches y cada palabra que calles, decía Alicia. Lo que no dijo, es que a la edad de la presbicia pesaría también cada palabra que recuerde. No lo dijo, porque no lo sabía. Por miope no lo sabía. Ella se pegaba a los escritos para poder leerlos y, no pudo saber jamás los beneficios de tomar cierta distancia. A la edad de la presbicia, la distancia agranda el tamaño de las letras y disminuye el peso de las palabras; lo pienso mientras leo los carteles callejeros desde el colectivo 39 rumbo al cementerio de la Chacarita.

El sol de agosto rebota sobre los carteles de publicidad, haciéndome el invaluable favor de tapar los textos, y de resaltar los colores de las paredes pálidas. A pesar de que el aire es todavía frío abro la ventanilla para respirar el olor de la mañana, que jamás llega a mi hermética oficina, y me alegro de no estar hoy allí.

Viajo a bordo del colectivo 39 rumbo al cementerio de la Chacarita, un lunes de sol de agosto en el que he faltado otra vez a mi trabajo: detestable administración de hospital municipal —de eso vivo— cosa que no mencioné porque, ya dije, detesto las administraciones y la fauna que las habita, aunque yo accidentalmente forme parte del plantel.

A esta hora el tránsito hacia la Chacarita es liviano y rápido, como los textos de los aborrecibles carteles de propaganda: tu pelo más suave anuncia uno, internet más rápida otro, y otro muestra una playa caribeña en un atardecer rojo impreso

sobre una dorada tarjeta de crédito. Números y palabras. Palabras livianas, rápidas, pasajeras, se podría decir que hasta inocuas, pero no, palabras inocuas no hay.

Palabras malversadas sí. Palabras escritas en los muros de la ciudad de los vivos rumbo a la ciudad de los muertos. Palabras que me distraen camino al cementerio, palabras que se contradicen con las que encontraré al llegar: entrada, cementerio, administración, siga la flecha, saque número. Palabras que terminan por enlodarse aún más con el olor a podrido de la Chacarita, y se trocan en las palabras pesadas rodeando el recuerdo de Alicia: cadáver, crematorio, despojos, cenizas.

El olor de esas palabras me da ganas de vomitar y me bajo del colectivo unas cuadras antes de llegar al cementerio. Me bajo justo frente a un cartel blanco con letras rojas: Ejército de Salvación, dice, y un número telefónico.

Salvación, leo antes de que el semáforo cambie y las nubes empiecen a tapar el sol de agosto. Cruzo la avenida Lacroze y subo a otro colectivo que anuncia sobre su frente en letras negras: Chacarita-Belgrano. El colectivo está colmado de gente. Viajo parada con una mano firme en el pasamanos y la otra empeñada en encontrar una birome dentro de la cartera. Cuando logro asirla sigo revolviendo en busca de algún papel para anotar, me pongo la birome entre los labios y saco el paquete de cigarrillos, suelto temerariamente el pasamanos y logro anotar el número del Ejército de Salvación en la marquilla antes de que se esfume de mi memoria. (Puedo recordar miles de palabras, párrafos enteros, pero números telefónicos jamás).

Ejército de Salvación. Eso necesito, un ejército que me salve de volver a entrar en el departamento de Belgrano, que se lleve por botín todos los efectos personales de Alicia. Un ejército que derribe las puertas, arrase los recuerdos y que

de paso también fulmine al portero. Quedará solo, polvo y cenizas, junto a las palabras de Alicia repitiendo en mi memoria: *no te hagas la artista, querés.*

No, si yo no me hago la artista, solo digo que iré con un ejército.

Una expresión de venganza debe haberse dibujado en mi cara, porque una pasajera del colectivo me mira con cara espanto e interrogación. Le sonrío y ella, desliza rápidamente su mirada a la ventanilla, mientras yo, que jamás hasta ahora había paladeado la venganza, disfruto su sabor. Mi náusea se disipa. Busco en la cartera un caramelo de menta, la mujer parece haber llegado a destino y deja su asiento; yo que ya encontré el caramelo, lo saborearé sentada.

Es casi mediodía. Me pregunto si en Ejército de Salvación cumplirá con el horario del almuerzo, espero que no.

Ahora, el tránsito se ha detenido sobre la avenida a la espera del paso del tren. Por delante, los techos de los autos brillan bajo el sol; cuando se levante la barrera avanzarán lentamente como un ejército en formación.

El colectivo me dejó en la esquina del departamento de Belgrano. Caminé unos metros buscando el infaltable locutorio de la cuadra, había dos. Entré en el que estaba vacío, solicité una cabina y marqué el número del Ejército de Salvación. Tono de ocupado, una vez. Tono de ocupado dos veces. Y a la tercera: *Ejército de Salvación, buenas tardes*, contesta una voz de secretaria que me sonó a vieja.

Le explico el caso: que mi tía ha fallecido y que decido donar todos los bienes del departamento al Ejército de Salvación, para que disponga de ellos. La mujer me explica que no hay problema, que ellos se hacen cargo de recoger todas las cosas, que desde ya me lo agradece, pero que debemos cumplir con una formalidad.

Me lo imaginaba, otro trámite. La mujer ha mutado su voz de voluntaria de ejército a simple empleada administrativa y me dice que debo certificar que los objetos que dono son de mi propiedad.

—¿Y cómo se hace eso, señora? —pregunto un tanto desahuciada.

—Muy simple señorita, un certificado, por escribano, corroborando que usted es la heredera.

—No. Yo la heredera del departamento no soy. Soy solo de los efectos personales y de las cenizas, claro.

—¿Por qué cenizas? ¿Hubo un siniestro en el lugar? —aquí su voz se tornó policial.

—Lo siniestro es el lugar en sí —respondo—, siniestro pero sin cenizas, las cenizas están en el cementerio.

—Disculpe, pero usted me confunde. Si tiene a bien aclarar la situación, la atenderemos con mucho gusto.

Mi pedido de rescate se había frustrado momentáneamente. Me despedí en el tono más amable que pude, y prometí volver a llamar. Me llevó más de diez días, pero lo logré, hice todos los trámites y finalmente llegué al departamento de Belgrano acompañada de una cuadrilla del Ejército de Salvación, les abrí la puerta y, sin entrar, les dije que dispusieran de absolutamente todo lo que había en el lugar, muebles, ropa, vajilla, libros: todos los efectos, personales o impersonales. Todo, menos los lentes.

Esperé a que se consumara el desalojo sentada en un bar del otro lado de la avenida Cabildo. Desde allí vi como cargaban en un camión muebles, bolsas con ropa, supongo, y cajas llenas de libros. Confieso que lo de los libros me dio pena. El camión partió y luego una camioneta se llevó hasta las macetas con sus plantas muertas.

La mudanza tardó más de dos horas durante las cuales pretendí leer primero el diario, después hacer los cruci-

gramas, pero la visión de los bártulos de Alicia en medio de la calle me dejaba con la boca abierta. Cuando la camioneta partió, el portero, que había estado controlando la operación, cruzó hacia el bar con una caja de madera en los brazos. Le hice señas para que pasara y se sentara. Él entró muy ceremonioso dejó la caja de madera delante de mí y se fue sin decir palabra. Espero no volver a verte, pensé y abrí la caja. Todos los pares de anteojos que Alicia usó en su vida estaban allí, con sus marcos ridículos y enfundados en sus respectivos estuches. Todos menos unos que estaban sueltos y con un lente partido. Eran los de marco transparente, los que ella usaba de entrecasa. Los volví a guardar y cerré la caja.

Con la caja de los anteojos en los brazos, como transportando una urna de cenizas, salí del bar y caminé hasta la galería. Entré al local de compra y venta de objetos usados. El localcito de las porquerías, como lo llamaba Alicia y vendí la caja y su contenido por unos irrisorios veinte pesos. Después crucé a la librería y los invertí en una resma de papel para escribir.

Y escribí lo que antecede y pensé en el tiempo; en el pasado y en el presente, porque a la edad de la presbicia el futuro es siempre imperfecto. Resolví que las cenizas de Alicia quedarán para siempre en la Chacarita. Dejé de pensar en los tiempos verbales y también acerca de si el tiempo corre, pasa o se pierde.

Usar anteojos en la punta de la nariz, es el punto medio entre el pasado y el futuro. A la edad de la presbicia lo que sucede, lo que sucedió, y lo que sucederá se escribe en tiempo simultáneo. La Real Academia tendría que revisar el paradigma verbal.





# Índice

<i>Prólogo</i>	7
Palabras cruzadas	15
Ernestina	19
Ajedrez	25
Nunca lo dijo	29
El heredero	33
Muerte inminente	39
Ignaciosiempre	43
Amnesia del principio	47
Fuera de cálculo	49
Fantasma en la niebla	55
El ausente	57
La edad de la presbicia	61

*La edad de la presbicia*

se imprimió en octubre de 2019 en los talleres de la

FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA

Miranda, Venezuela.

Son 5000 ejemplares.

*La edad de la presbicia* no es un libro amable, menos aún complaciente. Las criaturas que pone en escena Elizabet Jorge se pueden encontrar cómodamente a la vuelta de cualquier esquina, pueden ser nuestros vecinos, acaso nuestros amigos; los sucesos que ellos viven son historias de por aquí nomás, se confunden con nuestras propias historias. Dicho así, podría suponerse que son textos regidos por el costumbrismo. Nada más lejos de la verdad: precisamente, una de las notables virtudes de Elizabet Jorge es poner del revés ciertas historias sospechadas de costumbristas, dar una vuelta de tuerca con esos textos y lograr que se inscriban en la alta literatura. Pienso en Chejov, en la arquitectura de sus relatos: «cuando escribo —supo decir— confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan al cuento».

Vicente Battista

ELIZABET JORGE (Lobos, provincia de Buenos Aires) reside, trabaja y escribe actualmente en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En 1984 se licenció en Kinesiología y Fisiatría en la Universidad de Buenos Aires; trabajó como docente y kinesióloga en el Hospital de Clínicas José de San Martín hasta la 2018. De vocación escritora desde los doce años, sus cuentos han ganado diversos premios nacionales e internacionales. Tiene un segundo libro de cuentos en proceso de edición y una *nouvelle* de pronta aparición: *Mañana Tarde Noche*. Escribe reseñas literarias en el blog Solo Tempestad, ha publicado cuentos en la revista argentina *Miradas al Sur*, es columnista radial y coordina desde 2015 talleres (grupales o individual) de lectura, escritura creativa, narrativa y poesía.